

LOS ROLATOS[®] DE CROM

#001

EL CONQUISTADOR
SEMPER FIDELIS

5 EURO
EYD

Que punto es



LEER Y
JUGAR

EL CONQUISTADOR

ROLATO para la serie **SEMPER FIDELIS** y Juegos de Rol
en la ambientación de Los Conquistadores.

por David R. Barba

© 2.002 Proyectos Editoriales Crom, S.L. - David R. Barba

ISBN: 84-95949-40-7

D.L.: SE-2437-2002

Impresión: Publicaciones Digitales, S. A.

www.publidisa.com - (+34) 95.458.34.25.

*Dedicada a los antepasados,
a pesar de sus muchas barbaridades,
si bien desgraciadamente mucho menos anacrónicas
de lo que muchos pueden llegar a aceptar.*

I. ROLATO:

El conquistador

II. Aventuras y escenarios para Semper Fidelis

Escenario: la batalla en el río

Escenario: la ceremonia

Escenario: la otra batalla

Las tropas

Aventura: en la hueste del Barba

Prefacio

*Este relato forma parte del mundo de **Los Conquistadores**, ambientación desarrollada en el reglamento base de **Semper Fidelis**. Al final de la historia, encontrarás todos los datos necesarios para recrear una inédita historia de conquistadores e indígenas americanos, con dos escenarios de batalla unidos por un mismo argumento. Asimismo, hallarás también breves indicaciones que te ayudarán a recrear una aventura dentro de tu juego de rol preferido para esta época.*

*No olvides que todo el material de **Semper Fidelis** es usable en tus juegos de rol, ya que está diseñado como material dedicado al propio reglamento base de **Semper Fidelis**, pero con desarrollos genéricos utilizables también en los juegos de rol de diversas épocas. Una idea tan nueva y revolucionaria, que causó gran confusión en sus inicios, pero que constantemente gana adeptos.*

El Conquistador

El valeroso Don Pedro de Barba

El sol había vuelto a vislumbrarse tras la tormenta, tan tozudo como lo eran aquellas gentes murcianas. Sacudía Pedro el sobretodo que había usado para resguardarse de la lluvia, mientras observaba cómo acababan de colgar otro de esos anuncios de la casa real, anunciando las mil maravillas y fabulosos tesoros a quienes tuvieran el valor de aventurarse en aquellas tierras vírgenes dejadas de la mano de Dios. El caso es que al veterano de Pedro Barba, se la teñían jurada en su murciana vecindad por su, digamos, excesiva caballerosidad y atención para con algunas damas ya desposadas, y su propia familia, más bien mezquina y poco dada a defender a ninguna oveja negra en su casto rebaño temeroso de las palabras de Nuestro Señor, había renegado de él más de una vez, no importándole demasiado que en manos de lobos cayera la descarriada oveja. Pedro había regresado recientemente de las guerras contra los otomanos en las lejanas regiones caucásicas, y no era por nada que Pedro ostentaba el sobrenombre de Don. Guerras crueles y sangrientas, sin cuartel, en las que no sólo se lucha por territorios o ideas, sino por algo mucho más profundo, se lucha por la fe. Nuestros bravos antecesores peninsulares consiguieron lo que aquellos pueblos no han logrado aún, lanzar a las aguas al hereje invasor. Volvió Pedro de aquellas poco agradecidas y anónimas cruzadas, con algunas monedas, en su mayoría arrebatadas a

los cuerpos inertes de derrotados infieles, forma de ganancia que superaba con creces la mísera paga oficial, y con un salvoconducto avalador de sus proezas y gestas. El gran Solimán I el magnífico, había iniciado en 1520 su reinado, y se profetizaba un futuro poco esperanzador para los austríacos y los húngaros.

Lo había oído a más de un antiguo compañero, las expediciones de ultramar no tienen nada que ver con la guerra contra el otomano. Es más fácil morir de enfermedades, que a causa de los combates. Su propio amigo Nuño, compañero de jugarretas en la infancia, había regresado con las fiebres terciarias, una extraña afección adquirida en tan extraños lugares, mas se negó a confesarle en qué forma creía haberlas cosechado.

Dicen que las guerras allí son algo muy diferente. Por una parte, los habitantes de aquellos lugares son ingenuos e ignorantes, se dice que no tienen religión, y enseñarles la fe es uno de los motivos principales de la conquista. Sin embargo, Pedro sabe muy bien que o mucho han cambiado las cosas, o el motivo principal no es otro sino las especias y el oro. En un conocido hostel en las cercanías de su pueblo natal, una vez al mes se ofrecen caros manjares, sólo al alcance de unos pocos, elaborados con hortalizas traídas de allén de los mares, se habla de una especie de boniato al que llaman patata, y de algo parecido a guisantes, pero de color amarillo y aplastado. Se dice también que aquello es un vergel, que las mujeres pasean desnudas, y a sus hombres no les importa qué actos realicen los aguerridos españoles con ellas. Sólo por esto, sabía Pedro de muchos que ya se han embarcado, pero o muy diferentes son aquellos hombres, o algo hay en estas historias que no encaja. En cualquier caso, una cosa

es segura, y es que allí hay oro, mucho oro, el suficiente como para comprarse un buen cortijo y vivir bien toda la vida, o lo que a uno le quede de ella al regresar.

Así fue como Don Pedro de Barba decidió pues dirigirse a tan remotas regiones. No por las leyendas, ni por la aventura, ni por las mujeres, cosas que uno ya puede encontrar en casa, sino por el motivo más noble del mundo, sin duda alguna, el oro, noble metal, vive Dios. Debíase dirigir hacia Sevilla para desde allí embarcar en alguno de los navíos que partirían, junto a otros tantos aventureros, mercenarios, convictos, y hombres de similar condición. Mujeres ninguna, pues sabido era que para caso de necesidad, aquellas tierras proveían de los alimentos y recursos que se deseara, y por otra parte, en principio, no era para quedarse que aquellos osados buscavidas iban hasta allí, sino para acumular tanto como fuera posible y volver a su país de origen, si bien solía suceder que quedaban prendados de aquellas mágicas tierras, y decidían instalarse como colonos, más aún teniendo en cuenta los privilegios con que contaban los peninsulares.

La marcha

Llegar hasta Sevilla para embarcar iba a ser ya de por sí toda una ajetreada vivencia. Esquivar salteadores, sinvergüenzas y estafadores, que sólo te desangran un poco de ida, para acabar de chuparte la sangre tras el

regreso, en que saben que vas cargado de fardos y ganancias. No es cosa fácil ir, y menos sobrevivir, como para que al llegar y licenciarte te saqueen los tuyos. Más de una historia hay sobre afamados conquistadores saqueados a su regreso, si no por los salteadores, por las ávidas y mezquinas familias que te pueden estar esperando en casa, todos salivando por su parte de la cacería.

La mayor parte del camino se desarrolló de forma harto predecible para el murciano, quien era capaz de ver de lejos las malas intenciones de más de uno, y con una sola y certera mirada, en el momento oportuno, si era menester llevando su mano sobre la empuñadura de la espada que asomaba por debajo de su capa, regalo de su tío, lograba auventar a los oportunistas de poca monta. Mas ya llegando a las proximidades de Sevilla, Pedro el murciano divisa a dos salteadores atacando a un hombre, de aspecto desaguisado, en pleno camino, junto a una arboleda próxima a un riachuelo. Para Pedro, hace muchos años que se acabó el ayudar a los desamparados, pues él mismo se consideraba lo suficientemente desamparado como para procurar por sí mismo, y en todo caso por sus allegados, que la mayor parte de veces más bien aliados de fortuna que no amigos. Así que ni corto ni perezoso, coge un desvío, y se adentra campo a través, con la clara intención de rodear la escena. No sin dejar de echar un vistazo al desarrollo de la misma, lo que le permite cerciorarse de una doble sorpresa, resumida en el simple hecho que los tres personajes de la escaramuza, de repente se levantan y corren, los tres al unísono y empuñando sendas cortas espadas, hacia él. De manera, que se trataba de toda una obra de teatro montada en su humilde honor. Tres hombres son claramente un número desmesurado, excepto para idiotas o cuentos de la vieja

caballería, de modo que no duda Pedro en acelerar el paso, y correr, sin exceso, pero sin pausa, aprovechándose de la distancia que les separa. Sus perseguidores por el contrario, aceleran en grado máximo, y consiguen ganar algo de distancia. Pedro sabe sin embargo, que ese esfuerzo les va a costar acabar rendidos mucho antes de lo que su propia resistencia declinará, y así es como acaba por suceder. Por supuesto, el día que explique esta historia, en la desgastada y rayada mesa de alguna desvencijada taberna de mal agüero, tal vez variará un par de detalles, pues sin duda el oyente poco avanzado no llegaría a captar lo heroico de la situación que Pedro acababa de vivir. El caso es que tanto la bolsa como la vida de Don Pedro quedan perfectamente a salvo, no sin el menor esfuerzo, pero sí sin el menor derramamiento de sangre. Y es que después de todo, no es cuestión de empezar a jugar con la fortuna antes siquiera de embarcarse.

Alta mar y disciplina

Vióse Pedro rodeado de la más variopinta mezcla de hombres provenientes de las más alejadas regiones, y pertrechados con las más variadas ropas y vituallas regionales. La mayoría, eran ya hombres hechos, e incluso algo desgastados, con barbas no ya grises, sino blancas incluso, de piel arrugada y sobradamente tostada por el sol y muchos años de trabajo a la intemperie. A los pocos días de partir, ya en alta mar, se les acercó un miembro de la tripulación, para comunicar que sería obligado que los hombres de aquella embarcación se organizaran en hueste, y que uno de ellos debería dirigir al contingente.

Viéndose Pedro rodeado de villanos en lo general poco diestros para el combate, y aún menos para dirigir toda una compañía compuesta por la casi centena de hombres que se habían embarcado a las indias, no dudó ni un instante en alzar su poderosa voz de entre las demás, al tiempo que lo hacía alguna otra, que sin embargo quedaba silenciada por el potente chorro de voz del Barba.

“Yo mismo puedo llevar a cabo tal encomienda, y para ello puedo dar fe de mi valía con este salvoconducto, que avala mis hazañas contra el turco infiel”, soltó Barba como latigazo que corta la piel del condenado. El capataz no dudó en comprobar la autenticidad del citado salvoconducto, y sin demora, tras una rápida mirada a sus espaldas buscando la aprobación del expectante capitán del bajel, aceptó al decidido personaje por comandante de la improvisada hueste. El capataz hizo las oportunas anotaciones al murciano. “Válgame Dios que en verdad, vos sabréis tratar tanto a vuestros hombres, como a los palurdos indígenas a que os enfrentaréis. Os acompañará el padre Sergio de Sánchez, quien será vuestro guía espiritual, y de quien deberéis cuidar de su bienestar terrenal, así como él cuidará de vuestro bienestar espiritual”. El padre franciscano, que se había resguardado a la sobra unos pies más atrás, dio unos pasos adelante, y con santos gestos bendijo a la multitud. La demostrada experiencia en la batalla, le sirvió a Pedro para obtener un cierto grado entre los demás, que le permitiría acceder a pocos pero apreciados privilegios, incluyendo algún ocasional vaso de vino, aparte de hogazas de pan mayores, y uno de los menos malos lugares de descanso en las bodegas del crujiente y gastado bajel, nada menos que

el Fortaleza de Nuestro Señor, que encabezaba la expedición de cinco naves. Con lo mejor en velamen, y con capitanes conocedores de las más novedosas formas de navegación e instrumentos de precisión, no había ninguna duda que las cosas iban a cambiar mucho en los años venideros. La muchedumbre siguió con sus quehaceres, si bien se cruzó la vista de Pedro con la que pertenecía a la otra voz voluntariosa de dirigir a aquellas gentes, y que no daba muestras de haber quedado muy contenta con la falta de atención que había recibido su propuesta, literalmente aplastada por el salvoconducto del Barba. Pedro procuró no prestar demasiada atención, y en todo caso más tarde le propondría darle algún cargo de relevancia bajo su mando, conocía bien la sabia costumbre de tener más cerca a sus enemigos que a sus amigos. De mientras, acercose al padre Sánchez, de la orden de los Franciscanos, para ganarse tanto su respeto como su obediencia, pues no era buena costumbre enemistarse con el poder eclesiástico en mitad de una campaña, y Pedro le tenía gran aprecio tanto a su cuello espiritual como al terrenal. Sánchez lucía una brillante coronilla en su cabeza, y los grasientos pelos de una larga y negra barba se le esparcían y pegaban por la parte superior de su poco cuidada sotana. Voto de pobreza, sin duda, pero con demasiada frecuencia confundido con voto de simple guarrería. Asegurose Pedro de congeniar con el ministro del señor, además, de todas formas no estaba de más su bendición, en caso de ascender uno más de prisa de lo que esperaba a causa de una mala herida recibida en combate.

No era aquél un viaje de placer, sin lugar a dudas. Los compañeros de viaje, eran hombres ya maduros, conocedores de mil vicisitudes, y pertrechados con lo que habían podido adquirir de aquí y allá antes de tan ardua travesía.

De pobladas barbas blancas muchos de ellos, y osamentas castigadas por duros trabajos, se diría que ésta era su última oportunidad para conseguir algo beneficioso de la vida. De sus conversaciones, se extrae de forma rápida que muchos de ellos apenas dejan nada digno de recordar atrás, en las viejas y desgastadas tierras castellanas, y ven en las Américas un mundo en el que empezar una nueva vida, tal vez con alguna dócil indígena convertida a nuestra fe. El desempeño del duro trabajo de conquistador, en pos de la mayor gloria de nuestra nación y del cristianismo, los pondría en una situación muy envidiable, pero eso si lograban sobrevivir. Se cuenta que no todo son dóciles doncellas y oro fácil, por aquellas tierras. Convertirse en un hidalgo, “un hijo de algo”, de la noche a la mañana, no es algo que le regalen al primero que gire la esquina. En cualquier caso, el Barba se acercó al dueño de la voz que se había intentado alzar al unísono de la suya para pujar por el mando de la hueste. “Vos, el que habéis alzado la voz, ¿cuál es vuestro nombre?”, le dirigió Pedro de forma harto directa, y su interlocutor no dudó ni un instante en contestar de forma ostentosa, “Mi nombre es Francisco Redondo, y yo y mi espada quedamos a vuestras órdenes y las de la corona castellana”. Pedro continuó su preparada intervención sin el menor titubeo, “servidme como mi lugarteniente, Francisco de Redondo, y recibiréis la recompensa que corresponde al merecedor de tal cargo”. Redondo aceptó de buen grado, al parecer daba por sentada la mayor experiencia del murciano. Así eran de fáciles de hacer las cosas, sólo que en realidad eran igual de fáciles de deshacer. Un trato es un trato, y por tanto puede romperse en cualquier momento, y la mayoría de las ocasiones de forma ciertamente dolorosa, así que siempre hay que dormir con ojo abierto.

Las semanas fueron pasando, interminables y lánguidas, a bordo del majestuoso bajel. A pesar de poder disfrutar con ciertas comodidades, que en su merecida parte repartía con su segundo, Redondo, la travesía se hacía lenta, pesada e insoportable, y más de una refriega entre los variopintos pasajeros se había organizado. La más difícil de ellas, acabó con la muerte de uno de los enzarzados en la discusión, con su garganta escupiendo sangre a causa del tajo que le había propinado un sevillano. El capitán dio orden de inmediato de dar preso al culpable, y fue un momento algo difícil, ya que junto a él, sus compañeros, encabezados por un tal Gregorio, probaron de defenderle. Ante la situación, que el propio murciando era responsable de solucionar, como comandante de su hueste, éste decidió dar sus primeras órdenes aleccionadoras, dirigiéndose a su compañía con la voz más ronca que consiguió emitir. "Vosotros, prended al asesino, y a los que lo impidan, sabed que sufrirán malos infortunios". Los escasos adeptos de Gregorio, y Gregorio en persona, quedaron paralizados, mientras una horda de hasta entonces aburridos pasajeros, animados por el posible espectáculo que se iba a organizar, se arremolinaron sobre el arrepentido degollador, que empezaba a sollozar ante la perspectiva poco alentadora que se alzaba frente a él. Mientras el Capitán y su tripulación se apoyaban en la barandilla del castillo de popa, expectantes del resultado de sus órdenes, el propio Pedro Barba emitió veredicto y castigo en una sola frase, dirigiéndose a un grupo de marineros que se hallaba cercano a él. "¡Por la quilla!", ordenó a los marineros. Tensaron una larguísima cuerda, y mientras tres hombres la sujetaban por cada extremo, la lanzaron por la proa, de forma que al poco, la cuerda rodeaba el cascarón del barco, sumergiéndose por estribor y reapareciendo por babor. La cuerda era tan larga como, que aún rodeando al barco bajo el agua, pudieron atar sus extremos. Lo siguiente era ya conocido por

todos los tripulantes y marineros del barco, pero sin duda no tanto para los que se habían embarcado como futuros conquistadores, incluido el propio degollador, que aún no había entendido qué era exactamente lo que iban a hacer con él. A las órdenes del murciano, maniataron de pies a cabeza al degollador, y a su vez lo ataron a la larga cuerda que rodeaba la embarcación, a modo de puente. “Es antigua tradición que si sobrevives a éste castigo, se te perdone la vida”, exclamó Pedro Barba, y el degollador pareció incluso alegrarse, al ver una posible salida airosa a su desesperada situación. De entre la expectante marinería, se escapó alguna carcajada sobradamente sádica. Y entonces, dióse orden de empezar con el castigo. Varios hombres empezaron a tirar de un extremo de la circular cuerda por una de las bordas del barco, por babor, de forma que como efecto, el pobre desgraciado, atado a ella, empezó a desplazarse hacia el extremo contrario, es decir, hacia estribor. Cuando ya sobrepasaba la barandilla, y con el continuo tirar de los hombres en el otro extremo, y en el momento en que su cuerpo empezaba a descender hacia el agua, los gritos del degollador mostraron que ya había entendido lo que significaba “por la quilla”. Al poco, su cuerpo se hundió bajo el agua, mientras en la cubierta, los hombres seguían tirando con fuerza, si bien ya algo cansados, y con mayor lentitud. El silencio en la embarcación era sepulcral, muy apropiado para el momento, sólo interrumpido por los habituales, y ya casi inaudibles, crujidos de cuerdas y maderas. Hubo un instante, en que parecía que a los encargados de tirar de la cuerda les costaba bastante más desarrollar su función, lo que despertó algún que otro comentario al respecto de que ya estaría atravesando la mitad del barco, pero pronto, se les vio de nuevo tirando con tino, e instantes después, era claramente perceptible como conseguían incluso acelerar, hasta el momento en que se oyó que algo emergía de las aguas por el otro

costado, lo que indicaba que el degollador estaba a punto de aparecer por babor, por donde tiraban los hombres. Y así fue, al poco aparecía la violácea cara del degollador, con la boca abierta en una muesca final, y sus ojos abiertos y paralizados, casi salidos de órbitas. Era evidente que no había sobrevivido al castigo, pero los hombres seguían tirando, y ya asomaba su pecho, su abdomen, y.... ¡nada más!. Se armó un escandaloso barullo entre los hombres, que se acercaban en masa para observar qué había sucedido con el desgraciado degollador. Sus piernas habían sido literalmente arrancadas, de cintura para abajo, le colgaban sus ensangrentados intestinos como si de un cerdo por San Martín se tratara, y su cuerpo era de un espeluznante blanco, a pesar del moreno de su piel, castigada por el sol del océano. Pedro no dudó en aprovechar el momento, “¡contemplad cómo castiga Dios a los que no respetan la bendición y la protección que nos ha otorgado a sus profetas y defensores en tierras paganas!”. El padre franciscano vio que aquél era su momento, e intervino también en apoyo del murciano, “¡arrodilláos, pecadores, pues habéis sido advertidos de la ira de Dios, y le habéis puesto a prueba con vuestra ignorancia y desidia!”. Todos en la cubierta se arrodillaron, excepto el capitán y su tripulación, que siguieron con sus quehaceres dirigiendo la nave, y algunos marineros que encontrábanse en tan delicado momento en lo alto de los mástiles. Pedro ordenó más tarde lanzar al mar tanto los restos del degollador, como al propio degollado. Su lugarteniente le preguntó qué había sucedido bajo el agua, y Pedro le habló de extrañas criaturas que habitan en estos lejanos mares, como los tigres de mar, que son capaces de triturar a un caballo entero con sus poderosas dentaduras. Nadie los ha visto nunca, pero sí se ha oído hablar de sus resultados, no se trata de ballenas como la que engulló a Jonás, según relatan las sagradas escrituras, sino que son auténticas bestias demoníacas capaces

de zamparse una balsa entera llena de hombres, y tal vez el degollador encontró a una de sus crías, pues de lo contrario no habría quedado nada de su cuerpo. El lugarteniente de Pedro empezaba a descubrir que esta iba a ser una expedición muy exótica, y comenzaba a confiar cada vez más en la persona a quien servía, pues sin duda sus conocimientos iban a ser muy necesarios. Lo que no sabía Francisco Redondo, era que Pedro simplemente se acababa de inventar la respuesta, pues conocía a la perfección las tretas del mando, donde es preferible dar cualquier explicación compleja, antes que reconocer que no tenía ni la menor idea de qué era lo que le había sucedido al degollador. El Barba pudo observar más tarde, mientras mostraba una de sus majestuosas poses con la vista perdida mirando al mar en la proa, cómo otros componentes de la hueste se acercaban a su lugarteniente preguntando por lo que el murciano le había relatado acerca de lo sucedido, y percibía cómo se escapaba de los de su hueste alguna que otra mirada de miedo y admiración hacia su inverosímil persona. Eso era bueno, empezaba a ganarse una fama, que es lo más importante.

En cualquier caso, aquel suceso ayudó en gran medida a aumentar la disciplina de la hueste, incluso en el poco fiable Gregorio y sus allegados. Le daba muy mala espina ese hombre, pues tenía toda la pinta de ser de los que provocan un motín tarde o temprano, en situaciones solitarias y de desventaja, como pueden ser un barco en medio del océano, o una selva desconocida y peligrosa. Siempre hay uno de estos en todas partes, lo más importante es tenerlo localizado, y que no se dé cuenta que se le ha localizado. Se sucedieron meses antes de por fin divisar algún señal de tierra firmes, que por supuesto fueron las esperadas gaviotas. Osados animales, que se

aventuraban mar adentro como el más intrépido navegante, y que aleteaban alrededor del barco, sin duda por los pútridos olores que debía de emanar, tras la larga travesía. Durante ésta, había sido necesario cortar la gangrenada pierna de uno de los hombres de la hueste, que había perdido en el juego sus raciones de limón y naranja. De esos desdichados faltos de razón, a los que por mucho que se advierta a la tripulación sobre la necesidad de comer ese tipo de frutas durante las travesías marítimas, insisten en creerse especialmente despabilados. El destino en las Américas para los amputados que ni siquiera habían vuelto de una sola expedición, era bastante claro, quedarse rondando por las calles esperando la limosna o compasión de sus habitantes, y probablemente acabar por aparecer una mañana degollado y con los ya de por sí humildes bolsillos totalmente vacíos.

El desembarco

A la llegada de las embarcaciones a puerto amigo, de nombre y localización por igual desconocidos, pudieron por fin pisar tierra firme los voluntariosos y osados aventureros. Ciertamente es que la mayoría se habían lanzado a tan incógnitos lugares sin conocer prácticamente más que habladurías y leyendas, y no todas ellas tan fascinantes como horrorosas, lo que decía aún más de lo poderosa de su decisión. A su llegada, corrían los últimos días de

Octubre del año 1521 de Nuestro Señor, y grandes cosas estaban sucediendo en las Américas. Se hablaba de extraños imperios, en medio de la selva, con edificios de oro puro y gobernados por terribles emperadores de paganas creencias, a los que la fe cristiana y la forma de vida civilizada se estaban enfrentando. Pedro empezaba a creer que realmente, aquello no era sólo una aventura, sino incluso una sagrada misión, como las que llevaron a cabo los primeros cristianos. Llegados a Porto Bello, se deberían dirigir por tierra hasta la ciudad de Panamá, que según cuentan da a otro océano incluso más poderoso e inmenso que el que habían atravesado. Se sabía que en Panamá, el terrible gobernador de aquella región, a quien designan como Furor Domini Pedrarias, había ordenado ejecutar su propio yerno, el Vasco Núñez de Balboa, por alta traición. Tal era la devoción que el gobernador sentía por su patria, y así la había demostrado, mostrándose tajante en sus castigos, sin reparar que fuera hacia los de su propia familia siquiera. Mas dicen malas lenguas, por eso en su mayoría separadas de quienes las usaban, que los motivos eran más bien una cierta lucha por el poder. De todos modos, quien no quiera ver su propia lengua retorciéndose en el suelo, más le vale encerrarla en su natural habitáculo, pues de boca cerrada no se cortan lenguas.

Fue una vez arribados a la ciudad de Panamá, donde conocieron a su mediador, Don Fernando el Gordo, representante directo del respetado gobernador, lo que ya de por sí le hacía emanar miedo y respeto. Era una de esas personas viscosas, de barriga descomunal a causa de los vicios conseguidos gracias al sufrimiento de muchos pobres desgraciados, sin lugar a dudas. Comenzó a hablar, directo a la carnada. "Bienvenidos seáis, sois la hueste

del fortaleza de Nuestro Señor, eso quiere decir que sois los más selectos. ¿Quién está al mando?”. Pedro dio de forma espontánea varios pasos en su dirección, al tiempo que le saludaba educadamente, pero sin exceso, y se presentaba. “Bien, señor Barba”, siguió el Gordo, “deberéis saber pues, que de cuanto capturéis, deberéis entregar al gobernador la mitad, y que yo mismo trataré de eso con vos, o con quien regrese al mando de vuestra hueste. De la otra mitad, haréis vosotros mismos lo que os venga en gana”. Muy agradable el Gordo, pero sin duda, muy habituado a los sucesivos cambios de mando que pueden darse en una hueste a lo largo de sus largas y en especial inseguras expediciones. Se les indicó el sendero hacia unos aireados barracones donde descansar y tomar fuerzas, y se les proporcionó vituallas, corazas, cascos y armas, entre ellas unos cuantos arcabuces a devolver al regreso de la expedición, así como otros complementos a buen precio, la mayoría ya usados, a saber la suerte de sus anteriores propietarios. Expedición que de hecho, no tenían la más remota idea sobre en qué consistiría exactamente, pero por supuesto sí se sabía que lo iban a pasar bastante mal con el terrible bochorno de aquellas tierras, y para mayor sufrimiento, cargando con sus acorazadas vestimentas. Al parecer, era habitual recibir ataques sorpresa de los salvajes de aquellas tierras, y la coraza en su lugar solía resultar de gran ayuda contra las primitivas pero efectivas armas de aquellas gentes. Se dice que los endemoniados paganos, envenenan sus flechas con ungüentos y pociones extraídos de arañas, serpientes y pequeños dragones que habitan estas extrañas tierras.

Más tarde, un soldado, con más bien mala baba, llegó al barracón para ordenar al murciano que se presentara ante el Gordo para ultimar los detalles de su expedición. Pedro, que se acababa de embutir en la coraza que

había decidido tomar para sí, siguió al desdeñoso soldado hasta la lujosa casa del Gordo, en la que pudo distinguir algunas sirvientas indígenas, todas muy bellas y sobre todo muy jóvenes, tal vez excesivamente jóvenes para una moral cristiana, pero en sus años de mercenario contra el turco, peores cosas había visto hacer a los infieles. Entró, pertrechado con las vestimentas y enseres que como comandante de su hueste le habían sido entregadas en un baúl, pues necesarias eran para establecer su claro status superior para con el resto de miembros de su hueste. Plantose pues allí con su por ahora reluciente coraza, y con su vieja espada colgando a un lado, perteneciente a uno de sus tíos, allá en las lejanas espadas, y que le había sido legada por herencia. Entró en una solitaria estancia, muy lujosa, en la que una jarra de fresco vino y varios vasos se mostraban en una mesa cubierta por un finamente bordado mantel blanco, si bien no quiso servirse, como de costumbre más por un acto de inteligencia que de auténtica y pura educación. No tardó en entrar su anfitrión, el Gordo. “¡Mi querido Don Pedro, bienvenido, servios por favor, debéis de estar sediento de un buen vino, tomad, bebed cuanto queráis, me lo traen en las embarcaciones que llegan de España. El vino que hacen aquí es horrible!”. El Gordo ofreció una rebosante copa de vino a Pedro, que la vació en un santiamén, y su anfitrión se la volvía a llenar con una profunda carcajada. Era el momento de la conversación profunda, y a Pedro le gustaba hacer creer que se le podía hacer beber gran cantidad de vino para bajar sus defensas, con lo que en el fondo conseguía descubrir las fáciles intenciones de su interlocutor.

“Bien, Don Pedro, ya os hemos asignado una misión, y os puedo decir que va a ser una hazaña digna del más osado”, arrancó el Gordo. “Los capitanes de los bajeles me han hablado de vuestras hazañas contra los infieles otomanos, entre otros acontecimientos durante el propio viaje, y sin duda creen que sois el más apto de cuantos han llegado en esta remesa. Supongo que no estaréis al día de los acontecimientos, Don Pedro, por eso os haré saber que en el Norte, el valeroso Hernán Cortés, ha derrotado a un gran imperio pagano, los Aztecas, una gente salvaje que, imaginaos, realizaban a diario sacrificios humanos, incluso despellejándolos, una costumbre horrible”. Pedro Barba había oído hablar de tan bárbaras costumbres, si bien por una parte, había creído que se trataba de leyendas, pero por otra, no era raro ver costumbres igual o más bárbaras entre los pueblos del Oriente de Europa. El Gordo siguió con el discurso. “El Norte pues ya está en manos de la Corona, y eso quiere decir que pronto tendremos que buscar nuevos lugares, y aquí es donde necesitaremos de vuestra hueste. Capturamos a dos indígenas en una especie de pequeña embarcación, muy finamente decorada, provenían del Sur. Conseguimos hacer que hablaran, y al parecer huían de sus tierras, de un lejano imperio en una zona a la que llamaron Pirú. Vos, Don Pedro, os adentraréis hacia el Sur, y averiguaréis cuanto podáis de aquellas extrañas tierras. Seréis nuestra avanzadilla, y más adelante os seguirán otros que ya estamos reclutando. Sin embargo, debo advertiros que no deberéis comentar vuestra misión con comandantes de otras huestes, pues podrían querer competir con vos, creo que me entenderéis”. Pedro había abierto los ojos de par en par, de lo que le estaba hablando aquél hombre, era de algo más que de una simple misión de exploración selva a través. Podía oler el oro a distancia, y se atrevió a hablar “Entiendo, mi señor, en caso que descubriéramos algo digamos

importante, ¿cómo deberé hacer para que vos seáis el primero en conocer de su existencia?”. El Gordo soltó una profunda carcajada, y llenó por quinta vez la gran copa del Barba. El murciano prosiguió, “Vos me parecéis un hombre sabio, y en estas extrañas tierras, necesitaré de un protector a quien servir y a quien ser siempre fiel, entendiendo que en caso que descubriéramos un nuevo lugar, vos seríais la persona ideal para representar allí las intenciones de nuestra corona, pues yo no soy más que un soldado, torpe en asuntos de estado, y no entiendo ni de las cosas del Señor ni de las de la nobleza a quien debo servir”. El Gordo le miró intensamente a los ojos, como intentando encontrar algo escondido en lo más profundo de ellos, para acabar por contestarle de inmediato al tiempo que soltaba una gran sonrisa de satisfacción, “Bien, muy bien, veo que nos entendemos a la perfección, mi buen Don Pedro, ¡José, puedes retirarte!”. Pedro sólo consiguió escuchar, si bien con gran dificultad, un leve movimiento entre las tupidas cortinas que había en una pared a sus espaldas, con lo que pudo girarse y ver cómo de ellas salía un hombre enjuto, delgado, de barba puntiaguda y negro pelo grasiento, que al tiempo guardaba entre sus oscuras vestimentas una puntiaguda daga, mientras aparecía y desaparecía una sádica sonrisa de entre sus facciones faciales. El hombre desapareció tras la puerta, y Pedro se alegraba una vez más de sus capacidades tanto para no subestimar a nadie, como para soportar la bebida. El Gordo le apretó con fuerza uno de sus hombros, “no os molestéis con mi persona, Don Pedro, pensad que debo ser prudente, habéis superado mi prueba con creces, pero debo advertiros que sois el quinto que ha pasado por esta sala. Averiguad lo que podáis, y si en aquellas tierras hay algo importante, vos ganaréis un puesto relevante a mis órdenes, necesito un buen jefe militar. Tenéis una embarcación preparada, que os llevará siguiendo la costa hasta el lugar que describieron los

indígenas capturados. Servidme bien, y obtendréis recompensas que nunca habríais podido merecer como simple comandante de hueste. Pero recordad, sois el quinto con quien hablo, no corráis la fácil suerte de los otros cuatro, y no me obliguéis a buscar al sexto". El Barba procuró responder con un profundo inclinar de cabeza y cerrar de ojos, con su boca en la muesca más seria que logró extraer, indicándole cómo de convencido había quedado de las palabras de su recién ganado "protector". Debían partir a la mañana siguiente, sin duda mucha gente iba a sospechar de lo apresurado de su marcha, sin tiempo siquiera de descansar, pero prefería el Gordo que aquel contingente fuera lo menos observado posible por el resto de huestes desembarcadas, así como que su nuevo adepto, no tuviera tiempo ni de pensar demasiado ni de hablar con nadie. Las otras huestes que habían llegado en el resto de barco, al parecer se dirigirían en su mayoría hacia el Norte, para dar apoyo en las conquistas de Hernán Cortés contra el diezmado pueblo Azteca. El murciano dio las órdenes de preparación pertinentes a su lugarteniente y a su hueste, que quedó algo molesta pues soñaba con disfrutar de las indígenas locales durante algunos días. "En el lugar al que vamos, encontraréis muchas más, y que no tendrán enfermedades, como estas de aquí, que ya han conocido a cientos antes que vosotros. Además, si somos los primeros en partir, seremos los primeros en encontrar oro, con el que ya compraréis lo que más deseáis", les gritó. En parte, parecieron quedar convencidos que todo aquello era por su propio bien, otra importante dote de mando que poseía el murciano.

A la mañana siguiente, se les despertó temprano, anunciándoles que la nave estaba ya preparada. Extremadamente temprano diríase, sin duda con la intención que el resto de huestes y comandantes no pudieran apercatarse de

su marcha, ni hacerles preguntas al respecto, ni a ellos ni a los malhumorados tripulantes del bajel. Pertrechados con sus nuevas impedimentas, en su mayoría corazas, cascos, espadas y arcabuces, junto a las necesarias bolsas para víveres, se desplazaron ante la embarcación, el Cruz del Sur, y fueron subiendo a bordo por la pasarela en relajado orden, para instalarse de mala manera en la cubierta. El propio Gordo les esperaba allí, junto a dos de sus soldados, y su fiel lebrél José, el amigo de las dagas, algo más apartado, casi escondido entre la sombras. Parecía que el Gordo viniera a despedirse, pero este tipo de personas no suele venir sólo para eso. “Don Pedro, os deseo una buena travesía, así como que me traigáis buenas nuevas”. El murciano le respondió que procuraría no volver con las manos vacías, pues tampoco ese era su propósito de buen principio. Fernando el Gordo prosiguió, “debéis saber también que no sois el primer grupo que se adentra en aquellas tierras, pensad que muchos acontecimientos no siempre interesa que aparezcan relatados en los libros y pergaminos. Un hombre de armas castellano, Ruiz de Aguirre, se adentró ya en aquellos parajes, pero nunca regresó, de forma que estoy seguro que algo vais a encontrar. Es el conocimiento que tengo de esta historia, lo que me ha hecho creer en la posibilidad que exista algo más que salvajes por aquella zona, al contrario de lo que cree el gobernador. Cuando os desembarquen, deberéis dirijiros hacia Occidente por el continente, allí es de donde los prisioneros dijeron que provenían”. Tras un necesario apretón de manos, Pedro Barba embarcó en la nave, arriba le esperaba su fiel lugarteniente, Redondo, en silencio, pero preguntándose de qué iba todo aquello.

Hombres de hierro

Por primera vez en su vida, aquellos hombres navegaban por unos mares totalmente vírgenes, el Mar del Sur, como lo bautizó Núñez de Balboa, si bien ambos nombres quedaron proscritos tras la ejecución de Balboa, acusado de alta traición por su propio suegro. Cosas de familia, ya se sabe. El Gordo había tenido la delicadeza de proporcionarles un guía que si bien no conocía la zona a la que se dirigían, sí los idiomas que se usaban en aquellas tierras del Nuevo Mundo. Por supuesto, el Gordo se hacía responsable de la familia del guía, de por nombre Tachua, para que no tuviera por qué preocuparse. O sobre todo, para que se preocupara de no traicionarle, si quería volver a ver su familia de una pieza.

Los veteranos de la hueste iban enseñando al resto a cargar y usar los arcabuces, algo que normalmente habrían realizado en tierra firme y con algo más de tiempo. En todo caso, Pedro Barba tenía pensado montar un campamento al poco de desembarcar, para someter sus hombres al entrenamiento que no habían podido recibir en la ciudad de Panamá. Tras varias semanas de navegación, merced a favorables vientos, pasaban de largo el golfo tras el cual debían desembarcar, y tras ocupar tierra firme, la embarcación se alejó, de nuevo hacia el Norte. Montaron el campamento, y durante una semana estuvieron entrenando a los más noveles en el arte de la guerra, enseñándoles tanto en el manejo de las armas como en la disciplina y la obediencia, ambos elementos por igual importantes. Por fin, se inició la marcha hacia lo verdaderamente desconocido.

Aquellas selvas eran insoportables, cada paso se hacía un esfuerzo que quedaba claramente reflejado en la respiración de aquellos maltrechos hombres. El calor no sólo era abrasador, sino que la humedad casi podía cortarse con los mismos machetes que iban abriendo un improvisado camino entre la peligrosa hojarasca de aquel lugar. Peligrosa, ya que, al menos por fortuna, más de una serpiente les había caído a los pies, literalmente seccionada por el propio machete, y en una de las ocasiones, una de las mitades pareció mostrarse bastante enfadada al respecto, si bien quedó contenta al convertirse en varias mitades más, y por supuesto, en el plato de la cena siguiente. Así siguieron avanzando, durante semanas, atravesando aquellos salvajes lugares, sin el menor atisbo de ser humano con el que entablar relaciones. Las corazas se iban llenando de moho, y muchas empezaban a oxidarse bajo las zonas menos aireadas, como bajo las axilas de sus aguerridos propietarios. No fue hasta tras dos meses de travesía, que entablaron el primer contacto con indígenas. De hecho, fue de forma poco agraciada, pues de repente pudieron advertir como la cabeza de uno de los miembros de la hueste era atravesada por una larguísima flecha, que entró por uno de sus ojos, y emergió por su nuca. Al instante se dio la orden de preparar los arcabuces, y a falta de observar a nadie, ni tampoco recibir más flechas, se abrió fuego en todas direcciones, alrededor del grupo expedicionario, repetidas veces. Sin duda para aquella selva, tal estruendo era un ruido hasta entonces del todo desconocido, excepto en los oscuros días de tormentas torrenciales, y multitud de pájaros y animales armaron gran barullo al huir de la zona. Pero de repente, de entre la cacofonía de sonidos, Pedro oyó lo que le pareció el inconfundible grito de un ser humano, en una dirección muy concreta. Ordenó formar una línea de avance, pero protegiendo flancos y retaguardia, creando en total una especie de cuadrilátero humano, y al llega

a la zona esperada, pudo ver el claro rastro de sangre que se alejaba del lugar. Siguieron avanzando, hasta que lograron divisar, al otro margen de un riachuelo, a un grupo de cuatro salvajes, uno de ellos gravemente herido en el abdomen, y que era arrastrado por el resto. Los otros tres, instintivamente agarraron sus arcos, y dispararon contra la hueste del murciano, logrando herir a uno de ellos en una pierna, Sin necesidad de ninguna orden, los conquistadores abrieron fuego al unísono, derribando al ya herido y a otros dos, mientras el cuarto escapaba zambulléndose en la espesa selva. Pedro ordenó que debían ir a por él, aún a sabiendas que en otros lares, tal maniobra podría tratarse de una trampa, pero su intuición le ordenaba que en esta ocasión, ese sí era un buen momento para subestimar a su recientemente adquirido enemigo, y contaban, sólo en aquel momento, con la posibilidad de convertir la sorpresa en su propia ventaja, antes que el enemigo se organizara. Atravesaron el río, donde encontraron a los tres indígenas alcanzados ya heridos, y les degollaron para mayor seguridad. Uno de ellos llevaba un colgante de un reconocible metal dorado, que no podía ser sino, oro, y que el propio Pedro arrancó de su cuello, para evitar prontas disputas entre sus hombres. "Mirad esto, nos está esperando, y ellos nos han atacado primero, ¡vamos!". Como un ejército de hormigas dispuesto a arrasar con todo lo que encontrasen, la sed de venganza por el ataque sorpresa, y por supuesto, el ansia por el oro, hizo callar a todo el grupo, que avanzaba con ojos de lobo entre la selva, en la dirección en la que huía el cazador salvaje. Y no tardaron mucho en divisar, a lo lejos, una planicie repleta de chabolas de barro y paja, y de la linde de la planicie, vieron emerger varios hombre armados con arcos y unas extrañas lanzas. Pedro ordenó formar una larga línea doble, y preparar los arcabuces para que dispararan a la vez. No había tiempo para dialogar, en menos de media hora, se había iniciado una

guerra, y tal vez sus participantes ni siquiera eran completamente conscientes de ellos, llevados por su necesidad de supervivencia. Los hombres del murciano conocieron pronto cual era el destino de aquellas extrañas lanzas, pues al acercarlas los salvajes a sus bocas, soltaban unas diminutas flechas que eran tanto o más mortíferas que sus aparatosos arcabuces, que a duras penas podían cargar, más aún con lo húmeda que solía quedar la pólvora en aquellos lares. Mientras, las largas flechas de aquellos altos arcos atravesaban, literalmente, a los más adelantados. La cosa no iba del todo bien, sólo uno de cada tres arcabuces lograba disparar su carga, y se tardaba mucho en cargar de nuevo. Fue en este momento cuando Pedro Barba decidió que, dada la mayor corpulencia de sus hombres, y lo poco preparados que parecían los salvajes para el combate cuerpo a cuerpo, iba a ser necesaria una carga. Así que ordenó que a los laterales, se organizaran dos grupos de ataque espada y escudo en mano, mientras quienes tuvieran pólvora seca siguieran cargando y disparando en el centro, aún en clara desventaja frente a los arcos y cerbatanas de los indígenas. Los salvajes no esperaban verse arrollados por la carga de los dos grupos de conquistadores, para quienes, una vez alcanzaron la linde, enfrentarse con sus espadas a los desnudos salvajes fue como cortar mantequilla. Al momento, los arcabuceros dejaron de disparar, y avanzaron por el centro, también con sus espadas preparadas. La derrota de los indígenas fue estrepitosa, y lo que siguió fue el fruto de la ya conocida sed de sangre en los soldados victoriosos, la ira del combate era un fuego imposible de detener una vez se había encendido, oxigenado aún más por la victoria. Las casas ardieron, las mujeres sucumbieron ante sus capturadores españoles, y sólo unas cuantas de ellas y algunos niños consiguieron huir selva a dentro. El propio Pedro Barba participó de estas barbaridades, pues en verdad no era él ningún caballero andante de las antiguas

novelas medievales, y mientras la sangre teñía el suelo del poblado, el padre franciscano se cubría los ojos y pedía a Dios perdón, en nombre de aquellos soldados poseídos por el propio demonio, por las barbaridades que estaban cometiendo. Una hora después, todo había terminado, y reinaba un silencio sepulcral, interrumpido sólo por el sollozo de alguna que otra de las mujeres capturadas. Aquí y allá los soldados del murciano, y él mismo, volvían a pertrecharse con su impedimenta, y procuraban hacerse con todos los víveres posibles del lugar, al tiempo que saqueaban tanto a los derrotados como a los cuerpos de sus propios compañeros.

Pasada la batalla, los conquistadores arrastraron hasta el centro de la plaza que formaba el círculo de chozas del poblado, a algunos guerreros salvajes aún con vida, a los que interrogaron. A preguntas tales como por qué les habían atacado, respondían con la misma pregunta, gesto que les valió a los cautivos más de un doloroso resultado. El intérprete lograba comunicarse en un grado óptimo con los capturados, lo que suponía una ventaja fundamental para los conquistadores. Sus captores habían recogido un buen botín, formado sobre todo por collares y otros ornamentos de oro y plata. Se les interrogó sobre quién de ellos fabricaba aquellos abalorios, y de dónde sacaban el material, y a esto contestaron, finalmente, que se los entregaban a cambio de animales muertos sus aliados, pero no lograron descifrar quienes eran tales aliados. Los pocos supervivientes, estaban mortalmente heridos, o eran ancianos y mujeres. Pedro les ofreció seguir con vida, si les rendían pleitesía. Costó bastante traducir el término, pero parece que finalmente, se llegó a algún acuerdo. De todas formas, aquellas gentes poco podrían hacer ahora contra la hueste, que había acabado o herido

de gravedad a todos los hombres jóvenes durante el combate. No abandonaron el poblado sin antes obligar a todos a ser bautizados y besar la cruz del padre, y sin que los soldados siguieran dando rienda suelta a sus necesidades de satisfacción. Pedro sabía que, de todas formas, muchos de aquellos indígenas morirían meses después, pues le había contado el Gordo que enfermedades que para los españoles eran cosa habitual, como el constipado, solían ser mortales para estas débiles gentes. En cualquier caso, según Sánchez sería necesario regresar nueve meses después para bautizar a los que vendrían, cosa que los soldados prometieron al franciscano con unas cuantas palmaditas en la espalda. Al día siguiente, y con recobradas energías, se pertrecharon de todos sus bártulos, y se adentraron por la selva, en la dirección en las que los indígenas aseguraban que se encontraban lo que llamaban sus aliados, y que en teoría eran quienes conocían el secreto de la orfebrería, y el origen del yacimiento del noble metal.

Siguieron varias semanas de travesía por las tupida selvas de aquellos exóticos parajes. De vez en cuando, de entre algún raro hueco frontal, de entre las ramas de los altos árboles, o durante el descenso por alguna pendiente tras ascender a lo alto de un monte, se veían, muy a lo lejos en dirección a Occidente, unas altísimas montañas con toques blanquecinos, y de entre ellas, destacaba en especial un elevado pico. Pedro había enviado a algunos de los suyos por delante, desprovistos de sus corazas y de cualquier elemento que pudiera afectar a su sigilo, para advertir al resto de cualquier nueva sorpresa. Uno de ellos no había regresado según lo convenido, y al buscarle lo encontraron siendo devorado por miles de hormigas de gran tamaño, al parecer muerto por la picadura de una

serpiente en el cuello. Un espectáculo digno de ver, todas esas hormigas devorando a un hombre, unos seres que tampoco deberían subestimarse, penso el Barba, y que alguien debería estudiar algún día.

Finalmente, los exploradores regresaron, con noticias esperanzadoras. Habían localizado un poblado, no muy desarrollado, pero con casas de piedra, de construcción claramente avanzada, y muy numerosas, muy diferente al poblado salvaje que habían arrasado semanas atrás. Por el aspecto, sus gentes tampoco tendrían nada que ver con el poblado destruido en medio de la selva. Pedro llamó de inmediato a su lado a Tachua al intérprete, y se hizo seguir de su hueste en dirección al poblado. Al emerger de la selva, ante campos de cultivo, otro signo que indicaba que aquellas gentes eran más avanzadas, se detuvieron y advirtieron el nerviosismo y la agitación que se desarrollaba en el poblado. Pedro decidió que se quedaran allí, esperando a ser recibidos por algún noble local, pero lo cierto es que cada vez, la situación le daba más y más mala espina. Hasta que finalmente, un gran grupo de hombres, que portaban corazas de madera y paja, y una especie de mazas, vestidos con túnicas claramente tejidas y elaboradas por una artesanía avanzada, se dirigía hacia ellos con aspecto de pocos amigos. Cuando ya se encontraban a un centenar de metros, empezaron a lanzar piedras contra los hombres de Pedro, y a acelerar el paso. Pedro ordenó a los suyos que se retiraran selva adentro y tomaran posiciones, mientras alguno que otro de los miembros de su hueste caía al suelo víctima de una certera pedrada. “¡Id selva adentro y formad una línea de arcabuces!”, les ordenó, mientras él mismo procuraba cubrir su nuca con su brazo izquierdo, confiando el resto a su característico casco de conquistador español. Pronto alcanzó Pedro la línea de arcabuces que formaban los

de su hueste, y al adentrarse los poco amigables habitantes del poblado, empezaron los disparos coordinados. La batalla principal se dio en aquel trozo de selva, y esta vez Pedro se sorprendió de la poca capacidad para el combate de aquellos nuevos enemigos. Las piedras no les servían de mucho en aquella espesa arboleda, y sus armas cuerpo a cuerpo no les servirían de mucho si conseguían ponerse al alcance de sus por ahora envainadas espadas. En pocos minutos, la mayor parte de los enemigos cayeron a causa de las andanadas de las armas de fuego, imprecisas por sí solas, pero mortíferas usadas en conjunto y en línea, mientras los enemigos se iban acercando en una infructífera carga. Los pocos que lograron acercarse por fin a pocos metros, conocieron el filo de las espadas españolas. “¡Estos todavía luchan peor que los otros!”, gritó redondo, su lugarteniente, mientras extraía su ensangrentada espada toledana de la coraza de madera de uno de los enemigos. Y tenía razón, Pedro no acababa de entender muy bien lo que estaba pasando. Pero la batalla terminó, prácticamente sin bajas por parte de los españoles, salvo algún contusionado, y tras despojar a las víctimas de sus adornos, volvieron todos a dirigirse hacia el poblado, esta vez encabezados por un Pedro Barba más que enojado, y espada en mano. Salieron de la linde, atravesando los campos de cultivo, hacia un poblado en el que a lo lejos se veía acumularse una cierta muchedumbre, compuesta más bien por habitantes, que no por guerreros como los recientemente derrotados. Avanzaron, a la orden del murciano, con los arcabuces ya cargados, y guardando distancias entre ellos. Al acercarse hasta doscientos pasos de las primeras casas, Pedro aún tenía que recibir otra sorpresa. Tres mujeres salieron corriendo de entre la muchedumbre, se arrodillaron ante Pedro y los hombres que se encontraban al frente, y empezaron a suplicar perdón y clemencia... ¡en castellano!. Las tres tenían magulladuras muy recientes

en la cara, y se las veía doloridas, incluso al acercarse corriendo parecía como si lo hubieran logrado a muy duras penas. “¡Pardiez!, ¿quiénes sois vosotras? ¿Cómo conocéis nuestra lengua?”. Al tiempo que alzaba su voz para interrogar a las mujeres, Pedro alzó una mano, indicando a los de atrás que no emprendieran ningún ataque. Una de ellas habló en nombre de las otras, era la que hablaba con mejor acento de las tres, “¡mi señor, les pedimos que no os atacaran, pero no nos hicieron caso, y nos atizaron, los que quedamos aquí no tenemos la culpa, por favor, no arraséis nuestra villa!”. Las cosas cada vez se ponían más interesantes, y esta era una sorpresa inesperada. La mujer respondía al nombre de Nipatoc, y se ofreció a responder a cuantas preguntas quisieran dirigirle. A lo lejos, se arremolinaba una gran multitud, compuesta de mujeres, niños y ancianos en especial, pero sin faltar hombres con menos ganas de combatir que los anteriores. Pedro advirtió que si se trataba de una treta, todos lo iban a pagar con la muerte, pero Nipatoc parecía realmente asustada.

“¡Mi señor!”, prosiguió Nipatoc, “os ha enviado vuestro Dios para ayudarnos, sólo eso puede explicar vuestra presencia aquí”. Bien, parecía que de alguna forma, se habían ganado el aprecio de los indígenas, o como mínimo de algunos de ellos. Era comprensible que en una misma aldea hubiera diferencias de opinión, si pasa en un pueblo castellano de apenas cien habitantes, por supuesto que puede suceder en esta gran villa indígena. Invitaron al grupo a adentrarse en el poblado. Los conquistadores aceptaron, pero no sin antes registrar todas y cada una de las casas en busca de alguna trampa, o de más soldados escondidos esperando para atacar por la espalda. No encontraron nada de esto, sino sólo miedo y desesperanza. Por fin, en la plaza de la villa, se reinició

el interrogatorio a la indígena de habla castellana, que desveló muchas dudas, actuales y pasadas, pero aportó gran sorpresa a los expectantes oyentes.

Este poblado está bajo el mandato de la gran ciudad de Quito, próxima al gran monte Pichincha, que se distingue desde lejos, por sobresalir de entre las demás montañas. Pero la gran ciudad de Quito está defendida por cientos de soldados, y no deberían dirigirse hasta ella, pues encontrarían muerte segura. Los soldados que les habían atacado, pertenecían a la guarnición que procuraba que los habitantes de la villa, Huanaca, prepararan sus impuestos anuales para el cruel emperador de los incas, sus señores, que se encuentran más al Sur. La mujer les relata que ellos son los descendientes del antiguo imperio Chimú, obligados hoy en día a servir al imperio llamado Inca. Ayer mismo, llegaron al poblado tres indios salvajes, habitantes de las selvas, y amigos de los incas, para advertir que unos extranjeros les habían atacado, habían arrasado su poblado, y que se dirigían hacia aquí con la misma intención, atacarnos y matarnos a todos.

Nipatoc les explica entonces que hace ya casi ocho años, llegó otro grupo de españoles, dirigidos por Don Ruiz. De forma similar a como lo hizo hoy Pedro, Ruiz se enfrentó a los soldados de los incas, derrotándolos, y vio cómo después, los labradores y habitantes del poblado se postraban a sus pies. Don Ruiz averiguó así que el poblado del antiguo imperio Chimú era sojuzgado por los incas, y turbado por aquellas gentes, decidió que ayudarles contra los incas sería una buena forma de ganarse la confianza y el apoyo de los descendientes de los Chimú, al tiempo

que establecer una base avanzada. Así, Ruiz y sus hombres se instalaron en el poblado ocho años atrás. Don Ruiz tomó por mujer a Nipatoc, con quien se desposó de forma cristiana. Organizó a los hombres locales, y les unió a su propia hueste para enfrentarse a los incas. Se sucedió un periodo de revuelta en las regiones cercanas, que los soldados incas aplastaron con la fuerza bruta, a pesar que su mayor contingente sucumbió al enfrentarse a las tropas de Ruiz. Sin embargo, cuatro años atrás, Ruiz y sus tropas fueron atacadas a traición por un contingente inca tan elevado, que acabaron por sucumbir. Tras esto, la región fue duramente castigada por las tropas del emperador inca, por su sublevación y su colaboración con los extranjeros.

Pero eso no es todo, en los últimos días han sucedido aún más cosas. Uno de los sacerdotes de Quito, a las órdenes del inca, llegó hasta el poblado de Huanaca, al llegar a sus oídos que la mujer que Ruiz había tomado por compañera, Nipatoc, tenía un hijo de aquél de avanzada edad, pues desde el principio quedó gestada por el español. Temiendo que el niño creciera y se convirtiera en un nuevo líder de la antigua causa Chimú, con el fuerte espíritu del conquistador que fue su padre, el sacerdote recurrió a una tradición inca, el temido ritual de la boda con el emperador. Normalmente para realizar tal ritual, el niño debería ser llevado hasta Cuzco, la capital de los incas, pero no es la primera vez que los sacerdotes realizan la ceremonia en las cercanías, al descubrir al hijo de alguno de los españoles que acompañaron a Ruiz en el levantamiento contra los incas. Eso prueba que la intención del sacerdote no es tanto el ritual, como acabar con los hijos de los conquistadores, y Lipu es el último de ellos que quedaba con vida, ya que su madre, Nipatoc, lo escondía cada vez que llegaba el capataz con los soldados para llevarse las dos partes de la cosecha que deben entregarles.

Los hombres de Barba se habían ido reuniendo en coro alrededor de Nipatoc, mientras escuchaban con expectación aquella historia, la mayoría boquiabiertos por la historia en sí, pero aún más por que quien la contaba era una indígena, en su propia lengua, convertida al cristianismo, casada con el comandante de una hueste, y de una voz sumamente dulce, pero triste al mismo tiempo. “Continúa con la historia, Nipatoc, ¿dónde está vuestro hijo?”, le preguntó el murciano.

Nipatoc continuó relatando la desconsoladora historia. El sacerdote vino hasta la aldea con un ejército de soldados incas, que ahora espera en las afueras a que su sacerdote regrese tras haber cumplido el ritual de la boda con el emperador inca. La mujer empezó a llorar en este punto, algo grave le afectaba, lo suficiente como para no poder continuar hablando, y llevarse por el llanto y la desesperación. Otra de las mujeres que habían salido a pedir clemencia, que dominaba casi tan bien como Nipatoc la conversación en castellano, decidió continuar con la historia, mientras abrazaba a su dolida amiga, y así relató que existe una costumbre entre los incas, consistente en escoger a los niños y niñas de mayor belleza, y casarlos con el emperador inca. No es necesario que el emperador en persona asista, la ceremonia puede realizarla uno de sus sacerdotes. Cuando el sacerdote ha escogido al niño o niña más bello de la aldea, se lo lleva consigo, acompañado de sus soldados, y sin que sus padres puedan hacer nada para impedirlo. Le dan de beber dulces licores, hasta que el niño queda borracho y su

voluntad es totalmente anulada. Entonces, se inicia el ritual, en el que la juventud del niño debe ser traspasada al emperador inca. Para ello, entierran en vida al niño, en un lugar sagrado. La tercera mujer elevó también su tono de voz, gritando, “¡Eso es lo que hacen los incas, lo hicieron con nuestros hijos, que también eran vuestros, soldados castellanos, y eso es lo que el Sacerdote, Huatapac, va a hacer con Lipu, el hijo de Nipatoc y de Don Ruiz, vuestro hermano de sangre que murió para defendernos!. ¡Vuestro Dios os ha enviado para salvarle!”

Una muerte dulce

Siguió un profundo silencio entre Barba y los suyos, que distaban mucho de pensar en encontrarse en una historia como aquella en tan recónditas latitudes. Se habían llevado al muchacho precisamente ayer, poco antes que llegara el indio para avisar del avance de los castellanos, otra señal que indicaba su divina procedencia. Pero había un grave problema, las tropas del sacerdote se interponían en el camino hacia el lugar del sacrificio, y si bien los españoles estaban muy seguros de poder vencerles, esto conllevaría sin duda más tiempo del necesario para rescatar al muchacho, de manera que estaban atrapados.

Por supuesto que muchos de los hombres de Barba se habrían negado a participar en una batalla por el mero hecho sentimental, en especial, cobró poder la pequeña facción que seguía dirigiendo Gregorio, uno de cuyos miembros fue ya pasado por la quilla en el viaje desde las Españas. Las cosas fácilmente podrían haberse torcido,

de no ser porque Pedro, hábilmente, supo hacerles codiciar el oro que podrían arrebatarse de los ricos sacerdotes a los que se iban a enfrentar. Barba, que a todas luces se mostraba como un valeroso y heroico comandante dispuesto a salvar al descendiente de uno de los suyos, albergaba en el fondo algo de su propia y retorcida codicia, al pensar en la recepción y los honores que recibiría gracias a tal descubrimiento. Francisco, su principal lugarteniente, le interrogaba con su mirada, estaba claro que él quería combatir a tan salvajes y depravados enemigos, más aún para salvar a un niño cristiano. La decisión estaba pues tomada, probablemente la batalla ganada, pero el desenlace para el muchacho no parecía ser muy favorable. En cualquier caso, era evidente que les habían puesto en bandeja el ganarse a aquellas gentes, debían continuar el trabajo iniciado por el fallecido Don Ruiz de Aguirre.

En ese momento, intervino de nuevo Nipatoc, ya recuperada de sus sollozos. “¡Escuchadme, hay otra forma de llegar hasta allí, subiendo hasta el río y con una balsa, pero sólo podréis ir unos pocos, yo misma os guiaría!”. La solución de la mujer implicaba llevar a sólo unos pocos hombres por el río, que quedarían entre el numeroso ejército y los hombres que estuvieran llevando a cabo la ceremonia. Sería una situación poco agradable, ante la que el murciano tomó una decisión. Ordenó a la mayoría de su hueste, que tomara temporalmente bajo su mando a Francisco Redondo, mientras él, Pedro Barba en persona, y unos pocos escogidos, atacarían al unísono, usando la barcaza descrita por Nipatoc, a los que estuvieran realizando el ritual.

Pedro se dirigió de forma solemne a Francisco Redondo, en quien no tenía más remedio que confiar, si bien el hombre había demostrado serle fiel. “Redondo, dejo en tus manos las vidas de ese infeliz muchacho, un inocente atrapado por este huracán, y las nuestras propias. Te confío la compañía hasta nuestro regreso, mas se precavido, y cuídate de Gregorio, pues presiento que ansía tu puesto de lugarteniente”. Francisco se mostró altamente honrado y agradecido, y le prometió al murciano que cumpliría con su parte. Por supuesto, Don Pedro Barba, hábil en estos menesteres, supo aprovechar las circunstancias, y procurar dirigir la atención de su segundo hacia “el de abajo”, o sea Gregorio, para asegurarse que no lo hacía hacia “el de arriba”, es decir, en él mismo. Crear estas pugnas entre los subordinados era siempre cosa necesaria. El traductor acompañaría a Pedro Barba, y el padre lo haría junto a Redondo, encargado de bendecir a los combatientes durante la santa batalla que se avecinaba. Aunque no todos en la hueste fueran conscientes de ellos, aquello iba a ser algo más que una lucha por el territorio o el oro, se trataba de la eterna lucha entre el bien y el mal, en la que muchos inocentes siempre pierden la vida, con el fin de derrotar a los líderes malignos que se han hecho con el poder, y desangran a sus propias gentes, causando a la larga muchas más víctimas que las propias batallas. Se acercaba el momento de la verdad, y todos se arrodillaron para recibir las plegarias y bendiciones del padre Sergio de Sánchez, quien alzaba sus manos al cielo, para pedir una vez más que la mano protectora del Señor guiara a aquellos hombres en aquella nueva cruzada.

La madre del niño les explicó cómo podrían llegar hasta el lugar. Necesitarían hacer un rodeo, que les permitiría salvar el grueso de las tropas enemigas, al tiempo que llegar de forma relativamente más rápida. Consistía en ascender montaña arriba, casi en dirección contraria al ejército enemigo, hasta llegar a un punto más elevado del mismo río donde se estaría llevando a cabo el despreciable ritual. Una vez en ese punto elevado, podrían tomar una de las balsas que se encuentran atadas allí, y dejarse llevar por el río hasta la zona del ritual, que reconocerían por las ruinas de unas viejas casas de piedra que se distinguen frente a la ribera. Sin embargo, es posible que algunos indios Manumari se encuentren en los laterales del río, por lo que deberán ser precavidos.

Ascendieron por el monte, no sin más de un resoplido a causa del pesado material con que debían cargar, pero siguiendo un casi imperceptible sendero que les marcaba la mujer, que facilitó mucho las cosas, hasta llegar, tras una hora de camino, hasta el lugar indicado. Allí se encontraba una balsa, atada a un árbol, sobre la que colocaron algunos troncos y otros pertrechos, que tal vez les darían cobertura en caso de ataque durante el viaje. Una vez encaramados, cortaron la cuerda de un golpe de espada, y se dejaron llevar por la corriente río abajo. La suerte estaba echada, no era agradable viajar en una barcaza tan poco elaborada y estrecha, tan cerca del agua y con el peso de coraza y armas, y además mostrándose como un blanco demasiado fácil. Francisco Redondo se había dirigido a su vez siguiendo el camino oficial, y al poco de iniciar Pedro y su grupo la navegación río abajo, creyeron oír en la lejana distancia, el ruido de los arcabuces, lo que significaba que la batalla había comenzado. Pedro se preguntaba si aquellos incas serían los mismos que ya habrían oído el

resonar de la pólvora años atrás, y su acre pero gustoso olor, y para sus adentros esperaba que ni uno sólo de aquellos salvajes quedara con vida. Estaba decidido a salvar al muchacho, aún a costa de no conseguir riquezas en ello. Sin duda, se estaba haciendo viejo. Dispersó sus pensamientos una larga y emplumada flecha, que clavose a un escaso palmo de su pié, y le hizo regresar al mundo real. Les atacaban desde las orillas del río, con las mismas armas que las del poblado salvaje que arrasaron. “¡Cuidado, son indios Manumari, cambiad constantemente de posición tras cada disparo de arcabuz, para que no os alcancen!”, gritó Pedro mientras cebaba su propia arma de pólvora, recién disparada. Era harto difícil ver a quien les disparaba a causa de lo especialmente espeso de la vegetación a lo largo del río, pero de vez en cuando veían algún blanco al que disparar, e incluso lograban oír el grito de alguno de esos demonios desnudos.

El intercambio de proyectiles se sucedió, y alguno de los hombres del murciano resultó gravemente alcanzado, en todo caso fue una gran idea el colocar troncos y elementos de cobertura en la balsa. Pedro advirtió que al poco, iban a pasar entre un rocoso desfiladero por el que los indios no podrían seguirles a pie, y gritó para animar a sus compañeros “¡Aguantad un poco más, dentro de poco la balsa pasará por un lugar donde no podrán seguirnos!”. Palabras proféticas, ya que al poco de adentrarse la balsa entre altísimas paredes de roca, las flechas y los dardos dejaron de aparecer.

Pasaron unos interminables minutos, hasta que advirtieron en las cercanías lo que Nipatoc les había anunciado, las ruinas de unas viejas casas de piedra. No parecía divisarse a nadie, y procuró que los suyos se agacharan y

no hicieran ruido, mientras la barcaza se dirigía, por inercia, directamente a chocar contra una pequeña ribera rocosa, en el codo del río, que a partir de allí giraba de forma brusca. En cuanto la balsa impactó con la ribera, todos descendieron a grito pelado, y esta vez sí vieron, tras las ruinas, a varios de los soldados guardianes del sacerdote, pero no distinguían ni al propio sacerdote ni al desafortunado niño. Los hombres de Barba descargaron una única carga de arcabuz contra los guardianes, que poco daño hizo en los adiestrados soldados, y pasaron en el acto al ataque cuerpo a cuerpo, desenvainando sus sufridas espadas. Estos soldados incas eran muy osados, en opinión de Barba, se diría que incluso fanáticos, dispuestos a morir a toda costa, como los terribles otomanos musulmanes contra quienes había luchado en el pasado. El combate no les era desfavorable, a pesar de su inferioridad numérica, pero estaban perdiendo un tiempo precioso. Mas en el ir y venir a causa del combate, logró Pedro distinguir, tras unas colinas, un hombre adornado con raros y muy ornamentados abalorios, acompañado de otros dos, en una zona dominada por varios pequeños montículos de tierra. Llamó a uno de los suyos y al traductor para que le acompañaran, y dirigióse a la mayor velocidad que pudo hasta el lugar, donde ambos soldados se enfrentaron a las primitivas armas de aquellos hombres, que les cerraban el paso hacia los montículos. El traductor no era muy diestro en armas, pero hacía lo que podía por molestar a los enemigos. Uno de los montones de tierra, estaba formado por restos claramente removidos muy recientemente. Barba y su allegado lucharon contra lo que parecían dos sacerdotes de menor rango, mientras que el sacerdote más distinguido retrocedía, con una mueca de cobardía e indignación en su cara, que pronto se convirtió en gesto de horror, al acabar las diestras espadas con los poco experimentados monjes en armas. Tachua, el Traductor,

le iba acorralando con su propia espada, era sabido el poco aprecio que aquél indígena amigo mostraba por las salvajes costumbres locales, y si bien no era muy diestro en armas, menos aún parecía serlo el depravado sacerdote inca.

Una vez habían acabado con los dos sacerdotes menores, el compañero de Barba corrió para apoyar al traductor, y entre ambos le cogieron preso y le interrogaron. Por su parte, Pedro se lanzó directamente al costado del montículo, y empezó a cavar y retirar tierra y más tierra con sus desnudas manos, parecía interminable el poder dar con el muchacho, si es que ese era el lugar donde le habían enterrado vivo. El traductor había logrado extraer al sacerdote la confirmación que efectivamente, ese era el montículo donde habían enterrado vivo a Lipu, lo que reavivó los esfuerzos del murciano. Por fin, tras una interminable espera, y con el ruido de fondo del gimoteo y los sollozos del sacerdote que acababa de ser degollado, logró el murciano ver aparecer un agujero que daba a una especie de pequeño hueco, entre unas cañas que sujetaban el montón de tierra, y entrever por el agujero el pelo castaño oscuro de un niño que reposaba en el suelo del cubículo. Acabó de retirar el resto de tierra y cañas, hasta poder empezar a extraer el cuerpo del niño, que no daba señales de vida, y yacía semisentado, apoyado en una de las paredes. Al extraerlo, pudo comprobar que su cuerpo seguía caliente, y al acercar el oído a su boca, notó que aún respiraba. El niño seguía vivo, si bien su aliento apestaba a alcohol, lo habían emborrachado antes de meterlo allí dentro, pero esas sabandijas ya habían pagado con su vida por anticipado por tal atrocidad cometida contra el hijo de un castellano, y a todos se les iba a negar cristiana sepultura, pues sus cuerpos sólo debían de servir de carroña a las

hormigas. Pero lo más importante era que ya le tenían. Lo tomó en brazos, mientras dirigía una temerosa mirada hacia los otros montículos, de tierra ya endurecida y cubierta de hierba, pues sabe Dios cuántos niños habría allí enterrados con vida en el pasado por los crueles sacerdotes. Despojaron a los difuntos de sus abalorios, que no eran pocos, y se dirigieron hacia el lugar de la gran batalla, donde ya habían cesado los disparos y los gritos. Se acercaron con precaución, por si las cosas no habían ido del todo bien, y les era necesario huir del lugar de forma precipitada, pero pronto divisaron varios hombres en coraza registrando de aquí para allá a los soldados incas. Barba, que llevaba al niño en uno de sus hombros, se acercó hasta su lugarteniente Redondo para oír novedades, y éste le contó que había sido una batalla terrible, pues sólo quedaban cuarenta y dos de ellos, que sumados a los cinco que venían de rescatar al niño, suponían menos de la mitad de los que habían partido. Resaltó su lugarteniente que para mayor desgracia, un grupo de unos diez hombres entre los que se encontraba el tal Gregorio, y que envió ya de buen principio en una carga cuerpo a cuerpo, sucumbió bajo las armas de los paganos. Pedro dejó escapar una leve sonrisa a Redondo, era obvio que se entendían a la perfección.

Tras ser expoliados, abandonaron los cuerpos incas a su suerte, dieron cristiana sepultura a los compañeros perdidos, en un lugar lejano a aquél, y se dirigieron de nuevo al poblado, desde donde Nipatoç salió corriendo a recibirles, y a tomar a su inconsciente hijo entre sus todavía magullados brazos.

Victoria y venganza

Habían vencido, pero todos sabían que aquello había sido una batalla, como las muchas que habría librado Don Ruiz antes de morir colapsado por más y más tropas incas. Sabían que su única opción era regresar tras sus pasos, con el oro obtenido, que no era poco, y volver algún día, desembarcado en zona cercana y con el apoyo secreto de los habitantes locales, en verdad era gran cosa con lo que habían averiguado. Las gentes del poblado habían convenido guardar el secreto de su colaboración con los españoles, por su propio bien en especial. Y quedaba el asunto del muchacho. Nipatoc sabía perfectamente que no sería bueno para ella acercarse a las colonias españolas, pero por otra parte, su hijo Lipu no podía quedarse allí. Pedro Barba se encargó de pronunciar las palabras que ella tanto temía expresar. “Me lo llevaré conmigo, y lo entregaré a su familia en España, o a quien pueda cuidarle, tú convéncelo”, afirmó Pedro. Más lágrimas bañaron la cara de la madre del muchacho, quien se encargó de hablar con su hijo para disponerlo todo a tal fin.

El niño había aprendido algo de castellano de su madre, si bien el acento dejaba mucho que desear, pero eso mejoraría con el tiempo, como el buen vino. La verdad era que había algo en el muchacho que impresionaba al murciano, quien intuía que estaba hecho de buena madera, tal vez descendiente de lo mejor de dos mundos, quién sabe.

Descansaron durante casi una semana en las cercanías de la villa de Huanaca. Les habían ofrecido alojarse en la misma villa, pero Pedro lo encontró peligroso, tanto para ellos como para los habitantes, si más soldados incas

aparecían y les veían confraternizar con aquel poblado. Según parece, aquella región había sido conquistada muy recientemente por los incas invasores, sus incursiones comenzaron hace apenas una treintena de años, dirigidas por el que era su actual emperador, Huayna Cápac.

Pedro Barba les prometió antes de partir, que algún día regresarían más castellanos, pero que hasta entonces, deberían procurar que los incas no descubrieran su simpatía hacia ellos, para evitar males mayores. Los habitantes les habían regalado gran cantidad de abalorios de oro y plata, y habían causado algunos destrozos en el poblado, con la intención de contar a los incas que los castellanos les habían atacado y robado. Según Nipatoc, los indios Manumari no serían ningún problema, pues no contaban con tanta credibilidad como los habitantes del poblado, no habían presenciado los hechos acaecidos en el poblado, y raramente salían de las selvas, además que dependían de las cosechas de las gentes de Huanaca para subsistir. “El día que regresemos para quedarnos”, añadió Pedro, “bautizaremos esta villa de Huanaca como Santa Juana, en honor además a las valerosas mujeres que cuidaron y lucharon por los hijos de la perdida hueste de Don Ruiz de Aguirre”. Por fin los conquistadores, marcharon en columna, de regreso por la selva de donde habían aparecido. Dado que ya conocían el camino, que sus propios machetes habían ido abriendo por entre la espesa vegetación, y como el camino era más bien de pendiente abajo, tardaron relativamente poco en llegar hasta la aldea de salvajes que habían arrasado la vez anterior. No encontraron a nadie en ella, sin duda todos habían huido a alguno de sus otros poblados. Más les valía, pues de haber capturado a los hombres que escaparon para dar aviso a los incas, y haber roto su juramento

de fidelidad, la suerte de aquellos individuos habría sido bastante desagradable. Por fin, alcanzaron las costas, donde tuvieron que esperar cerca de un mes hasta la visita de su bajel, con el que habían preestablecido que pasaría por la zona cada tres meses. Fiebres desconocidas, y alguna que otra serpiente, habían mermado el contingente del murciano hasta la cifra de cuarenta y dos hombres, todos fieles y valientes. El traductor y el monje franciscano seguían con vida, así como supreciado Francisco Redondo, y por supuesto el chico. Durante el tiempo de espera en aquellas costas, se valió Pedro de la fácil codicia y vanidad de los hombres, para ordenarles que de nada de lo acontecido, debían dar cuenta a nadie más que al protector de aquella hueste, que no era sino Fernando el Gordo, pues de lo contrario se arriesgarían a que todo el oro que les estaba esperando, cayera en manos de otras huestes. Suficiente para conservar la cabeza en su lugar, pensó Pedro, más aún cuando estaba plenamente convencido que entre su propia hueste, el Gordo habría colocado a algún que otro espía. Y es que sabe más el demonio por viejo, que por demonio, o como dicen en otras tierras, polvo relatado, polvo perdido.

A la llegada a Panamá, y como era de esperar, el Gordo les esperaba con los brazos abiertos, a lado y lado de su enorme barrigón. No parecía muy contento de ver el poco oro que habían traído, pero la información que Pedro le relató, ya a solas en su camarote, sí pareció resultarle interesante. La historia del niño rescatado le importaba un bledo al Gordo, pero decidió que sería una buena excusa para lograr otros objetivos. Decidió el Gordo que acompañaría al niño, que iría de la confiada mano de Pedro, su rescatador, hacia España, para devolver al muchacho con su familia, y que organizaría para ello una recepción en Sevilla. Por supuesto, el Gordo no podía

regresar por las buenas a España sin un buen motivo que lo justificara, y usar al niño le permitiría, ya en la península natal de los conquistadores, organizar sus triquiñuelas y recolectar el suficiente dinero para organizar nuevas huestes y expediciones de exploración hacia el supuesto imperio de los incas. El Gordo no dejó de advertir el aprecio que el murciano sentía por el muchacho, claramente demostrado al rescatarlo de las fauces de los sacerdotes paganos, así que le indicó Fernando que él mismo en persona se encargaría de la educación y custodia del muchacho, allá en España, para su mejor bienestar. Lo que venía a significar, traducido, que si Pedro Barba decidía no regresar con él a las Américas, o contaba algo de lo descubierto a orejas equivocadas, el niño podría sufrir algún grave percance. El Gordo no olvidó felicitar, con una enorme sonrisa, por cómo había convencido a su hueste de mantenerse callada. Para mayor seguridad, había enviado a la hueste de Pedro a unos campamentos en la afueras de la ciudad, donde no les faltarían todo tipo de vicios que saciaran todos sus apetitos, y le prometió usar a la misma hueste en las siguientes expediciones.

El retorno del Barba

Ya embarcados en el bajel, mucho más humilde y maltrecho que aquél en el que llegaron, el Fortaleza de Nuestro Señor, miraba Pedro el océano, con una profunda ansia por su viaje de regreso. El chaval, Lipu, que parecía mudo como una paloma, no hacía más que emitir de vez en cuando algún que otro murmullo o gorgoteo, pero aprendía

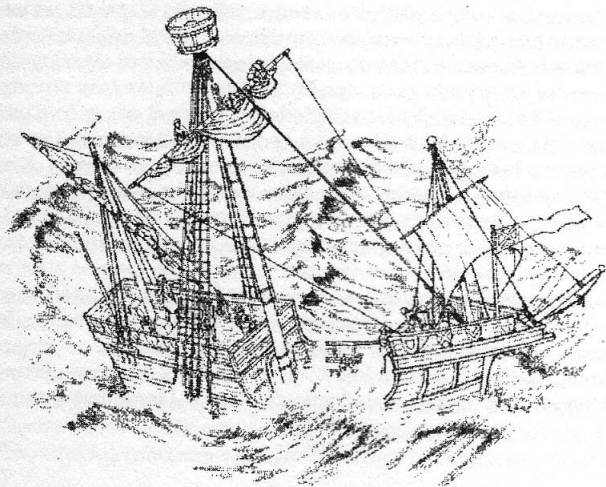
rápidamente de las enseñanzas de Pedro Barba, al chico se le daba bien el idioma castellano, en especial gracias a lo que su madre ya le había enseñado, dentro de lo posible. También conocía algo de la lengua del poblado Chimú, pero era de esperar que aquello se le olvidaría con los años. El chico se pasó las primeras semanas del viaje mareado en la cubierta, pero acabó por acostumbrarse a la travesía en barco, y le encantaba admirar aquella inmensidad azul. Los compañeros del Barba se habían quedado en las tierras americanas, descansando y recuperándose de sus aventuras, si bien en muchos de ellos era evidente la intención de establecerse y ganarse un nombre, ya que poco o nada les esperaba a su regreso.

Por fin llegaron a buen puerto, en sus queridas tierras peninsulares. Un barco más de entre tantos que llegaban a aquellos puertos. Ese mismo día, el Gordo lo preparó todo para ser recibidos por la corte local. Ver a todos aquellos emperifollados individuos de nuevo, se hacía para Pedro doblemente extraño y molesto. Por una parte, representan ese extraño mundo al que uno sólo accede de tanto en tanto, y que al recibir el más mínimo saludo o mirada de interés por parte de uno de sus miembros, uno inconscientemente puede de repente descubrirse sonriendo y meneando el rabo, al estilo del enjuto perro a quien su conocidamente ingrato amo le dedica una palmadita. Por otra parte, tras tantas vicisitudes, tantas batallas, y tantos compañeros perdidos en las lejanas tierras americanas, ver a estos rechonchos y suntuosos miembros de la alta sociedad, le daba a Don Pedro de Barba tres patadas en el estómago. Tener encima que soportar sus molestas preguntas superfluas sobre costumbres y sobre todo al respecto de las intimidades de la vida en aquellas extrañas tierras, se hacía ya insoportable. Solían aquellos depravados y aburridos cortesanos interesarse

en especial por las costumbres sexuales, como si los indígenas no fueran más que un nuevo animal descubierto y aprovechable. Era como si además uno tuviera que estar agradecido, por el tremendo honor de recibir ese tipo de preguntas, le hacían venir ganas de atravesar los cuellos con su espada. Era la extraña sensación del que regresa al que en verdad es su propio y original mundo, pero se siente como un completo extraño, como si ese ya no fuera su lugar, tras un hondo e imperceptible cambio sufrido en tierras tan lejanas como las exploradas por la diezmada hueste de Pedro. En verdad, algo similar le sucedió ya en sus lejanas aventuras en los Balcanes, contra el otomano infiel, pero nunca en grado tan elevado. Procuró mostrar su más amable faceta para con todos ellos, e incluso creyó Pedro haber logrado convencer a más de uno de aquellos nobles ingenuos para que efectuara un viaje de placer a tierras conquistadas, y se adentrara en sus selvas, donde sería recibido con los brazos abiertos por sus salvajes mujeres. Con un poco de suerte, alguno seguiría sus indicaciones, y se libraría al mundo de sus vacías seseras.

Don Pedro Barba, y el muchacho fueron muy bien recibidos a su regreso a Sevilla, la noticia del rescate de un muchacho español había viajado antes que ellos, en un bajel anterior al suyo. Acompañaba a Pedro su "protector", Fernando el Gordo, en callada opinión del Barba, menudo hideputa parásito y oportunista estaba hecho aquél hombre. Pero así eran las cosas. Fueron recibidos en el palacio del gobernador de Sevilla, donde esperaban, además de los diferentes nobles locales, los supuestos familiares del muchacho, no de familia altamente establecida, pero tampoco pedigüenos de la calle. Muchos años de observación de la mezquina raza humana, le habían dado a Pedro una profunda visión de las personas. Encontró las reacciones predecibles entre la familia del muchacho, desde la abierta y sincera alegría de sus abuelos, hasta

la disimulada envidia y odio de otros muchachos más jovencitos, con sus rubios y limpios cabellos, odiando al que tal vez les arrebataría las herencias prometidas por sus, cómo no, igualmente mezquinas y ostentosas madres. Sacar al muchacho de su mundo original y traerlo aquí, por el propio beneficio económico de Barba y del Gordo en el fondo de todo, era algo que tal vez debería retorcerle el estómago. Pero lo cierto era que dejarlo entre los miembros de aquella "civilización", era una muerte segura para el muchacho, así que tampoco había mucho donde elegir. Su familia ha solicitado esconder el origen indiano de su madre, y ha pagado bien por ello, sin duda mejor de lo que el Gordo le ha confesado a Pedro, pero el murciano ya se daba por satisfecho con sus ganancias americanas, muy superiores a las habituales en las guerras del Este de Europa. Era pues tiempo de comprar un buen caballo, y regresar a sus tierras, que no a su pueblo natal, para instalarse, y vivir bien, por lo menos hasta su próxima expedición. O por lo menos, hasta que la añoranza de aquellos lugares pueda de nuevo con él, y vuelva a embarcarse. Cuestión de tiempo. Sin embargo, Pedro no consigue apartar de su cabeza la imagen del muchacho rescatado de aquél sucio agujero en que le habían dejado los incas. Cuando le encontraron, tenía ya sus buenos siete u ocho años, de modo que, hoy, a finales del año del Señor de 1522, debe de acercarse a los nueve años. Esa extrañamente lejana mirada del muchacho, como si estuviera viendo algo estremecedor que los demás no somos capaces de advertir, le había calado hondo al murciano. Lo último que supo al despedirse, era que iban a dejar de llamarle Lipu, y le pondrían otro nombre que cercano al original, consiguiera enterrarlo de forma fácil, jugarreta habitual, como la que el mismo Pedro de Barba había realizado al cambiar el nombre de la villa de Huanaca por el más santificado de Juana. Llamarían a aquel muchacho Lope. Lope de Aguirre.



A continuación, y de forma estrechamente ligada al relato que has podido disfrutar en las páginas anteriores, te proporcionamos los desarrollos habituales en Semper Fidelis, un escenario de batalla y un aventura para desarrollar en tu juego de rol preferido. Recuerda que todo el material de Semper Fidelis es utilizable en tus juegos de rol.

Es importante resaltar que en este suplemento, todas las armas de pólvora podrán usarse sin inconvenientes (arcabuces), no se usará la regla de Climatología, y durante el corto periodo de tiempo de las batallas aquí descritas, la lluvia y la humedad no mojarán la pólvora de los arcabuces, al contrario de lo que solía suceder en la realidad.

Escenario: la batalla en el río

Don Pedro de Barba y los suyos han decidido rescatar al hijo de Aguirre. Esta batalla se dividirá en dos partes principales. En la primera, la escenografía representará el río por el que los conquistadores se desplazarán con su barcaza, navegando hacia el lugar de la terrible ceremonia inca, pero serán atacados en este punto por indígenas fieles a las antiguas tradiciones incas. En el segundo, los supervivientes desembarcan cerca del lugar de la ceremonia, y se enfrentan a los servidores de los monjes.

El río: Para recrear la escenografía de este escenario, necesitas paneles o secciones que representen una selva tropical, pero con suficiente espacio para que las figuras puedan moverse bien por ella, y una parte central y alargada que represente al río, del color oportuno. El río mide de ancho unos 50 cm, y las secciones de selva unos 30 cm cada una. La visibilidad máxima para esta selva es de 10 cm (la mitad que en el libro de reglas, donde se indica que la visibilidad normal para un bosque de clima templado es de 20 cm). Sin embargo, a causa de lo espeso de la vegetación, cuesta el doble moverse por la selva.

El escenario mide unos 150 cm de lado a lado, y en el extremo izquierdo, deberás colocar, centrada en el

río, una plataforma que recuerde a una balsa, de unos 20x10 cm. Encima de esta balsa, puedes colocar hasta seis elementos de 2,5 cm cúbicos aproximadamente, del tipo toneles, cajas, u otros, que puedan ofrecer una cierta cobertura a los navegantes. Los conquistadores deberán colocarse en tan estrecha plataforma, y cada turno, la plataforma podrá moverse 5 cm en la dirección contraria del río. Cuando la plataforma alcance el extremo contrario, este escenario habrá terminado, y los supervivientes pasarán al siguiente. No es necesario eliminar a todos los indios, basta con que la balsa logre llegar al otro extremo del río, a partir del que los salvajes ya no podrán pasar por la configuración geográfica del lugar. Despliega y activa primero el bando conquistador.

Resumen

- ▶ Visibilidad máxima en la selva de 10 cm.
- ▶ Movimiento en la selva a la mitad.
- ▶ Balsa se desplaza 5 cm cada turno
- ▶ Bando Manumari

Cuenta con 10 cazadores y 5 guerrros.

- ▶ Bando de Pedro Barba

El mismo Pedro Barba, 6 soldados y 3 veteranos.

La ceremonia: Frente a los hombres de armas, se encuentran algunas ruinas, custodiadas por guerreros tribales. Más allá, entre unos montículos, se ha sepultado en vida al atractivo niño. La ceremonia ha terminado hace bastante tiempo, y el aire que le queda al niño drogado es muy

escaso, tanto, que los conquistadores sólo disponen de unos pocos minutos para sacarlo de allí antes que muera. Ocho turnos es de todo lo que disponen.

Para desenterrar a la víctima, un conquistador deberá permanecer junto a su montículo, y gastar ocho acciones. Puede hacer las combinaciones necesarias, por ejemplo gastar dos acciones, disparar su arcabuz, y en un turno siguiente gastar otras cuatro acciones, para en otro turno subsiguiente gastar dos acciones más. También pueden distribuirse las acciones entre dos o más conquistadores, y así acelerar el proceso de desentierro del joven.

Despliega primero el bando inca, y activa primero el bando conquistador.

Resumen

- ▶ Ocho turnos de tiempo máximo.
- ▶ Cuesta ocho acciones desenterrar al niño.
- ▶ **Bando inca**
8 Guardianes, 2 Guías, 1 Sacerdote.
- ▶ **Bando de Pedro Barba:**
Los supervivientes del escenario anterior.

Escenario: la otra batalla

Por su parte, Francisco Redondo, el lugarteniente de Pedro Barba, se enfrenta a un numeroso ejército inca en una zona en su mitad boscosa, en las periferia del lugar, y en la otra mitad, en la parte central, dedicada al cultivo. Puedes reproducir esta batalla en la escala que tu creas necesaria, en una proporción de 3 a 2 a favor de la agrupación de Incas e indios Manumari, ya que en el fondo dependerá de cuantas figuras dispongas para representarla, y Semper Fidelis nunca te presiona en este aspecto, pues su objetivo es tratar de ofrecerte diversión, y no de obligarte a comprar muchas figuras. Por ejemplo, si escoges 400 puntos de ejército para los conquistadores, el bando inca dispondrá de 600 puntos.

Las tropas

Los Manumari

Son un pueblo de vida semisalvaje, aliados de los incas del lugar. Les han ordenado atacar la barcaza de los invasores, y a cambio podrán quedarse con todas sus pertenencias, si salen victoriosos. Todo el continente está repleto de poblados de este tipo, que cuando comparten localización geográfica como imperios como el inca, suelen vivir pacíficamente con estos y colaborar con ellos. Pueden llegar a cambiar productos de caza a cambio de enseres manufacturados por la tecnología de sus aliados, bastante más avanzada.

TROPA: MANUMARI

Tipo	CCC	CAP	MNT	Velocidad	Coste
Cazador	40%	50%	40%	5 cm	13
Guerrero	50%	60%	60%	5 cm	17

ARMAS MANUMARI

Nombre	Tipo	Potencia	Alcance Base	Mun.	Coste
Cerbatana	CAP	-10%	10 cm	20	0
Arco de caza	CAP	-30%	20 cm	15	-1
Cuchillo	CCC	+10%	-	-	1

La hueste de Don Pedro Barba

Los hombres que conforman la hueste del murciano, fueron reclutados de las diversas regiones del reino de Castilla para la conquista y colonización de las Américas. En general, son hombres que están arriesgando sus vidas a una última carta, pues allá en sus tierras las cosas no les habían ido del todo bien, y esta podía ser su última oportunidad de lograr algo en la vida, enriqueciéndose de forma rápida y duradera. La mayoría son hombres veteranos, con alguna experiencia en la guerra o en el combate, valientes pero reflexivos. Pero las dificultades en tierras extrañas, y las vicisitudes y batallas a que deben enfrentarse, puede llegar a convertirlos en

los más salvajes y cruentos guerreros, como suele suceder.

TROPA: CONQUISTADORES DE PEDRO BARBA

Nombre	CCC	CAP	MNT	Mov.	Coste
Conquistador	50%	40%	60%	5cm	15
Veterano	50%	60%	70%	5cm	18
Lugarteniente	60%	70%	80%	5cm	21

TROPA: PEDRO BARBA EL CONQUISTADOR

Nombre	CCC	CAP	MNT	Vel.	A.N.	Coste
Pedro Barba	102%	75%	108%	5cm	20%	39

Habilidades Especiales: dispone de 5 acciones.

ARMADURAS DE CONQUISTADORES

Tipo	Resistencia	Coste
Coraza	50%	5
Escudo pequeño	10%	1

ARMAS

Armas de tiro

Nombre		Tipo	Pot.	Alcance Base	Mun.	Daño	Coste
Pistola Percusión	(4)	CAP	-20%	10cm	∞	x1	-1
Arcabuz	(4)	CAP	-30%	20cm	∞	x1	-1

Armas de cuerpo a cuerpo

Espada		CCC	+20%	n/a	n/a	x1	2
--------	--	-----	------	-----	-----	----	---

(4) Si algún bando asigna estas armas a sus personajes, debe tirar obligatoriamente por Climatología después del despliegue de las tropas, para determinar si llueve, en cuyo caso estas armas no funcionarán.

Sin embargo, como excepción, en las batallas que se desarrollan en este suplemento, no lloverá, sí podrán usarse éstas armas.

Los Incas

Los soldados incas, los guardianes y sus capataces, se encargan de mantener el orden entre los suyos. El imperio está dividido en "cuatro cuartos", y sus habitantes deben dividir toda su producción en tres

partes, una se la puede quedar el propio pueblo, otra es para el estado, y la tercera debe ser entregada al estado para que pueda hacerse llegar a los dioses. El reinado del emperador actual, Huayna Cápac, ha realizado conquistas menores, incluyendo la zona Norte de Quito, por donde ha aparecido el grupo de Pedro Barba, en lo que ya de por sí era un extensísimo imperio, que va desde lo que en nuestros días es Ecuador hasta la mitad del Chile contemporáneo. En 1532, Francisco Pizarro desembarcará cerca de Tumbez, dejando atrás la zona de Quito, y en una sangrienta campaña militar, ayudado en buena parte por las diferencias entre los propios incas, la rígida estructura de mando de éstos, y el apoyo de parte de la población indígena, acabará tomando Cuzco, la

capital, si bien no con la facilidad que mostró Hernán Cortés en sus campañas contra los Aztecas.

TROPA: INCAS DE QUITO

Nombre	CCC	CAP	MNT	Velocidad	Coste
Guardián	50%	20%	40%	5 cm	11
Capataz	60%	20%	60%	5 cm	14
Guía espiritual	50%	30%	70%	5 cm	15
Sacerdote	20%	20%	90%	5 cm	13

ARMAS INCAS

Nombre	Tipo	Potencia	Alcance	Munición	Coste
Maza, cuchillo	CCC	+10%	-	-	1

ARMADURAS INCAS

Tipo	Resistencia	Coste
De madera	20%	2
Escudo inca	10%	1

Todas las tropas descritas aquí son de tipo estándar, concretamente humanos, y presentan las siguientes características:

- ▶ Usan la peana de tamaño normal.
- ▶ Por cada acción de Movimiento mueven 5 cm (2,5 cm en Cuerpo a Tierra, 2,5 cm Ascender o Descender).
- ▶ Pueden saltar un obstáculo vertical de hasta 5 cm (horizontal de 2,5 cm).
- ▶ El radio efectivo Cuerpo a Tierra es de 5 cm.

Aventura

Si quieres, de forma paralela, desarrollar esta historia como módulo de rol, la mejor forma será que los PNJ se enrolen como parte de la tripulación del Fortaleza de Nuestro Señor. Debes tener en cuenta sin embargo, que la fecha debe de ser muy concreta, 1521, pudiendo como mucho variar en año más o año menos, para no forzar demasiado los acontecimientos históricos. El Director de Juego deberá leerse el relato entero, pero sólo entrarán en contacto con Pedro Barba (quien seguirá siendo el líder de la aventura) una vez en el barco. Cuando en la nave, se pida quién dirigirá la hueste, alguno de

los PJ deberá pujar por ello, no haremos aparecer al personaje de Francisco Redondo, ni a ninguno que, siendo posible aliado de Pedro Barba, pueda ser sustituido por uno de los PJ, incluyendo al fraile franciscano. De ésta forma, será interesante que alguno de los PJ obtengan posiciones "de poder", como lugarteniente o como líder espiritual, entre otros. Los PJ podrán interactuar con Pedro Barba de una forma comprensible. En las huestes sólo se aceptan hombres, no mujeres, pero sin embargo, un juego de rol es un juego de rol, y como mundo de fantasía que es por simple lógica, debe contemplarse siempre una opción para que pueda llevarse un personaje femenino. En esta ocasión, sólo podrá darse si los personajes femeninos procuran hacerse

pasar por jóvenes mancebos (lo que no evitará que algún desesperado soldado se les intente acercar de todas formas), o cualquier otra opción que el DJ logre inventar. Una vez metidos en el rescate del niño, para el que es de suponer que se presentarán voluntarios, formarán parte de la barcaza que irá por el río, y del grupo que atacará al desembarcar. Se les ofrecerá regresar a las españas, junto a Pedro Barba, si lo desean.

En general, recomendar que esta no es una historia de "buenos y malos", sino de todo tipo de gentes que se ve envuelta en extrañas circunstancias durante el choque de culturas tan diferentes, pero todas ellas con la costumbre de sojuzgar a las

otras, como hicieron los incas y los aztecas con otros pueblos, y como luego hicieron los españoles con los propios incas y aztecas. Gran parte de los hechos que se suceden en la novela están basados en hechos reales, incluyendo el sacrificio de niños que realizaban los incas.

Contexto histórico

Los años en que se desarrolla esta historia, son especialmente relevantes en el mundo entero. En 1519, el rey de España se convertía en emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, con el título de Carlos V, reuniendo en una sola y poderosa facción a España,

los países alemanes, los países bajos y parte de Italia. El poder de los Habsburgo era enorme, y Francia se veía rodeada por un contrario peligrosamente engrandecido, temiendo desaparecer entre las fauces de la llamada Casa de Austria.

El Imperio Otomano se estaba infiltrando en Europa, y la subida al poder del sultán Solimán I el magnífico en 1520, hizo a sus ejércitos aún más eficientes y temibles. Su imperio se extendía hasta Egipto y Persia, y en 1529 llegaría hasta las puertas de la mismísima Viena, sede de la casa de los Habsburgo. Los turcos no sufrirían un gran revés hasta 1571, en la batalla de Lepanto. La flota española estaba representada por un Juan de Austria menor de edad,

a quien se atribuiría la victoria, pero en realidad fue dirigida por un experto Lluís de Requesens.

En aquellas épocas eran habituales las llamadas empresas de rescate dirigidas por capitanes ávidos de honor, gloria y riqueza. Procuraban contactar pacíficamente con los indígenas si es posible, e intercambiar con ellos baratijas a cambio de oro. En el año 1508, Diego de Nicuesa lograba el título de gobernador de Veragua o Castilla de Oro, en la costa atlántica del actual Panamá, también llamada Darién, y Alonso de Ojeda se hacía gobernador de Urabá o Nueva Andalucía, en la costa noroeste de la actual Colombia. En 1510 se fundaba la ciudad de Santa María la Antigua del Darién, centro de gobernación de Castilla de Oro.

En 1513, el Vasco Núñez de Balboa se dirigió con 190 conquistadores y más de 800 indígenas hacia el otro lado del actual Panamá. Sólo con 67 españoles, logró alcanzar el que denominó Mar del Sur, que no sería sino nuestro hoy en día conocido por Océano Pacífico. Balboa esperaba lograr ser nombrado gobernador de la ahora extensa Castilla de Oro, pero en su lugar lo fue Pedro de Arias Dávila. Balboa se desposó con una hija de aquél, pero los conflictos por el poder entre ambos siguieron, hasta el punto que el gobernador acabó por acusarle de alta traición, y mandarlo ejecutar, en 1519.

En la década de 1520, el gobernador Pedrarias siguió anexando territorios, como las hoy en día conocidas

por Honduras y Nicaragua. Su sucesor sería Pedro de los Ríos. Ambos gobernadores, Pedrarias Dávila y Pedro de los Ríos, hicieron enviar expediciones en pos de la leyenda de un rico imperio conocido por Pirú, a partir de 1525. De entre todas ellas, la que con más gloria sobresalió, fue la compuesta por Diego de Almagro y Francisco Pizarro. Éstos, en su tercer viaje por las Américas del Sur, en el año 1532, desembarcaron próximos a la localidad de Tumbes (o Tumbes), perteneciente al imperio inca. A partir de éste momento, se iniciaría la auténtica conquista del imperio inca, no sin amargas dificultades y cruentas batallas, incluyendo futuras desavenencias entre los propios españoles.

Por su parte, entre 1520 y 1521, Magallanes, que había partido de España en 1519, logra cruzar el extremo Sur del continente americano, encontrando por fin un paso entre el Océano Atlántico y el Océano Pacífico, y dirigiéndose desde allí hacia el Norte. Era la época de los descubrimientos y de los grandes imperios, formados por culturas muy diversas.

Personajes destacados

Don Pedro de Barba, comandante de la hueste.

Sergio de Sánchez, padre franciscano.

Fernando el Gordo, mediador del gobernador de Panamá.

Fortaleza de Nuestro Señor (barco).

Francisco Redondo, lugarteniente de Pedro Barba.

Tachua, el intérprete indígena.

Don Ruiz de Aguirre, comandante de la hueste perdida.

Nipatoc, mujer inca de Ruiz de Aguirre.

Lipu, el hijo de Ruiz y Nipatoc.

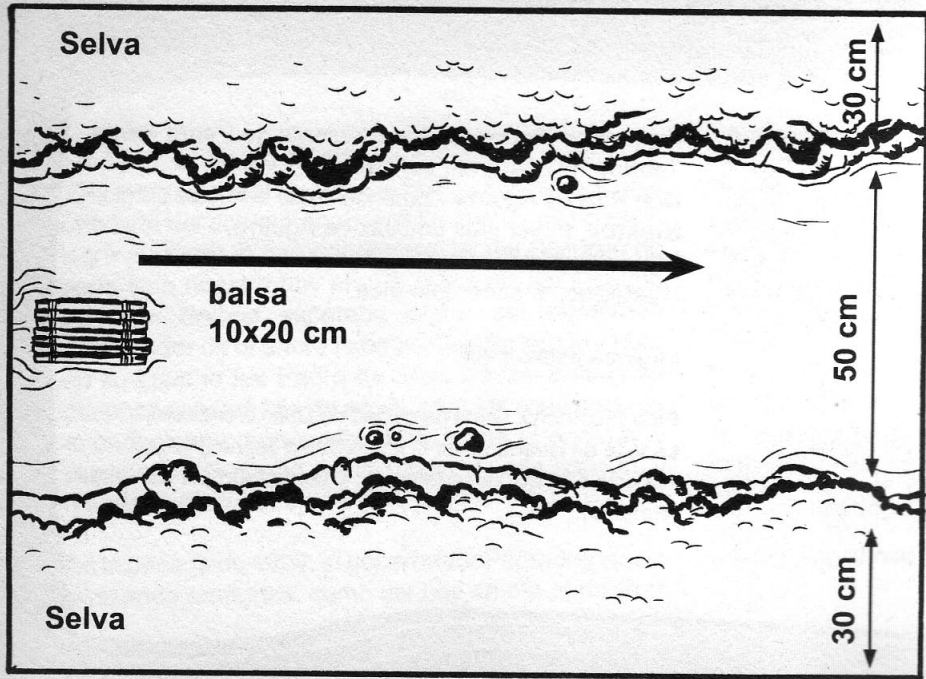
Huatapac, el sacerdote inca.

Lugares destacados

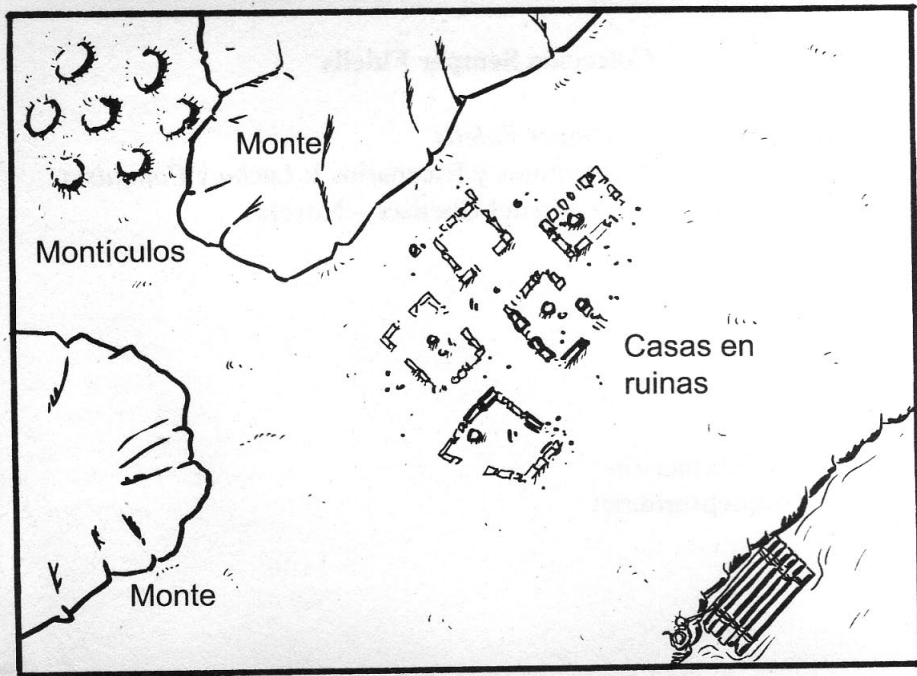
Pico Pichincha, cerca de ciudad de Quito (verídico).

La villa de Huanaca, en el futuro Santa Juana (ficción).

Imperio Chimú, desaparecido, y controlado por los Incas (verídico).



MAPA A
escala 1:10



MAPA B

escala 1:10

tamaño: 110x150 cm

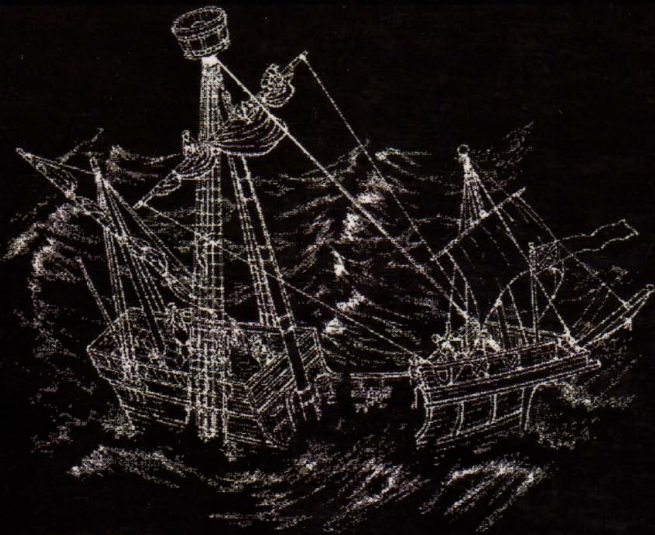
Colección **LOS ROLATOS DE CROM**

- 1- El Conquistador - *Semper Fidelis*
- 2- El Despertar de Tsang Teng - *Superhéroes Inc.*
- 3- Origenes de la Euroforce - *Superhéroes Inc.*

Colección **Semper Fidelis**

- 1- *Semper Fidelis*
- 2- Aventuras y Escenarios I: *Lucha y Conquista*
- 3- Dentro del Obelisco - Novela

más información
www.quepunto.net



Aquel nuevo siglo era a todas luces una era de cambios. En un Oriente no tan lejano, el imperio Otomano se alzaba cada vez más amenazador. Y en el nuevo Occidente, en las Américas, un Nuevo Mundo esperaba con las manos abiertas. Para Pedro Barba, como para muchos de los ya desgastados hombres de su edad, alistarse en una hueste y embarcarse hacia lo desconocido era la última oportunidad para lograr algo en la vida. Su experiencia contra los otomanos le valdrá para conseguir hacerse con el mando de su propia compañía, y lo que encontrará entre montañas y selvas, no será el paraíso tan esperado. Un relato que esconde muchas sorpresas, y muy alejado de las falsas utopías maniqueístas que hasta ahora hemos oído sobre conquistadores y conquistados.

por **David R. Barba**.



Quepuntoes

9788495949400